

LC/L.2220
Noviembre del 2004

El presente documento contiene la síntesis del *Panorama social de América Latina 2004*, preparada conjuntamente por la División de Desarrollo Social y la División de Estadística y Proyecciones Económicas de la CEPAL. La versión completa de este documento se publicará próximamente.

Notas explicativas

En los cuadros del presente Panorama social de América Latina se han empleado los siguientes signos:

- Tres puntos (...) indican que los datos faltan, no constan por separado o no están disponibles.
- Dos rayas y un punto (-.-) indican que el tamaño de la muestra no resulta suficiente para estimar la categoría respectiva con una confiabilidad y precisión adecuadas.
- La raya (-) indica que la cantidad es nula o despreciable.
- Un espacio en blanco en un cuadro indica que el concepto de que se trata no es aplicable o no es comparable.
- Un signo menos (-) indica déficit o disminución, salvo que se especifique otra cosa.
- El punto (.) se usa para separar los decimales.
- El guión (-) puesto entre cifras que expresen años, por ejemplo 1990-1998, indica que se trata de todo el período considerado, ambos años inclusive.
- La palabra "dólares" se refiere a dólares de los Estados Unidos, salvo indicación contraria.
- Debido a que a veces se redondean las cifras, los datos parciales y los porcentajes presentados en los cuadros no siempre suman el total correspondiente.

ÍNDICE

	<i>Página</i>
Síntesis.....	5
Pobreza y distribución del ingreso.....	6
Transformaciones demográficas en América Latina y el Caribe y consecuencias para las políticas públicas.....	13
Situación social de la juventud en América Latina.....	26
Estructuras familiares, trabajo doméstico y bienestar en América Latina.....	34
Agenda social: programas orientados a la juventud en América Latina.....	39

SÍNTESIS

En la edición 2004 del *Panorama social de América Latina* se analizan las importantes transformaciones demográficas registradas en las últimas décadas en la región, se examina la situación socioeconómica de la juventud latinoamericana, se reseñan las directrices y las normativas institucionales y programáticas de las políticas orientadas a los jóvenes y se describen los cambios en la estructura de los hogares y el papel que desempeñan las familias. Como es habitual, se presentan asimismo las tendencias recientes en materia de pobreza y distribución del ingreso en los países latinoamericanos.

En el primer capítulo figuran proyecciones de la magnitud de la pobreza y de la indigencia en el 2003 y el 2004. A partir de ellas, se concluye que el proceso de superación de la pobreza se encuentra estancado en la región desde 1997, incluso con un leve deterioro en el 2003. Sin embargo, el mayor crecimiento económico proyectado para el 2004 permite prever que numerosos países seguirán en condiciones de cumplir la meta de reducir la pobreza extrema a la mitad en el año 2015.

Con respecto a la distribución del ingreso, América Latina sigue siendo la región del planeta con peores indicadores, lo que se ve agravado porque en algunos países se observa incluso una acentuación de la concentración del ingreso. Por consiguiente, es imperioso el desarrollo de políticas distributivas que apunten a mejorar la capacidad de generación de ingresos de los estratos de menores recursos, tanto mediante el fortalecimiento de las redes de protección social como a través de la adopción de un modelo productivo más inclusivo.

El capítulo en el que se abordan las grandes transformaciones demográficas en América Latina y el Caribe recoge parte importante del trabajo del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL, en particular el realizado de conformidad con los acuerdos de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (El Cairo, 1994). En este capítulo se analizan la transición demográfica y el envejecimiento de la población, la fecundidad, la mortalidad, la migración internacional y el desarrollo, la migración interna, la distribución espacial de la población y las repercusiones de todos estos fenómenos en las políticas públicas, la equidad social y el ejercicio de los derechos humanos.

El capítulo III de esta edición del *Panorama social de América Latina* está dedicado a un análisis de la situación social de los jóvenes, producto de un estudio conjunto de la CEPAL y la Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ). En él se examina una amplia gama de

dimensiones de la realidad de los jóvenes latinoamericanos, entre las que destacan su dinámica demográfica, su inserción laboral, la organización familiar en la que se encuentran inmersos y su acceso a la salud y a la educación. Asimismo, se analizan distintos aspectos de la participación de la juventud y las características de sus consumos culturales. Se advierte que los jóvenes latinoamericanos viven hoy con mayor dramatismo que el resto de la población una serie de paradojas que crean tensiones, entre las que destacan el mayor acceso a la educación con menores posibilidades de empleo, el mayor acceso a la información con menor acceso al poder y las mayores expectativas de autonomía con menores posibilidades de concretarla, a todo lo cual se suma el hecho de que sus mayores aptitudes para el sistema productivo van acompañadas de la exclusión de este.

En el cuarto capítulo se avanza en el análisis de los cambios en las estructuras familiares y sus vínculos con el bienestar en América Latina. La familia sigue desempeñando una importante función de apoyo y protección como consecuencia de la limitada cobertura social que caracteriza a los países de la región, en especial frente al desempleo, la enfermedad, la vejez y la migración, por lo cual la familia sigue siendo un recurso estratégico en términos de bienestar. En este capítulo se hace referencia también a la creciente importancia que se asigna a la familia en los nuevos enfoques aplicados en la formulación de políticas sociales, sobre todo de las destinadas a superar la pobreza.

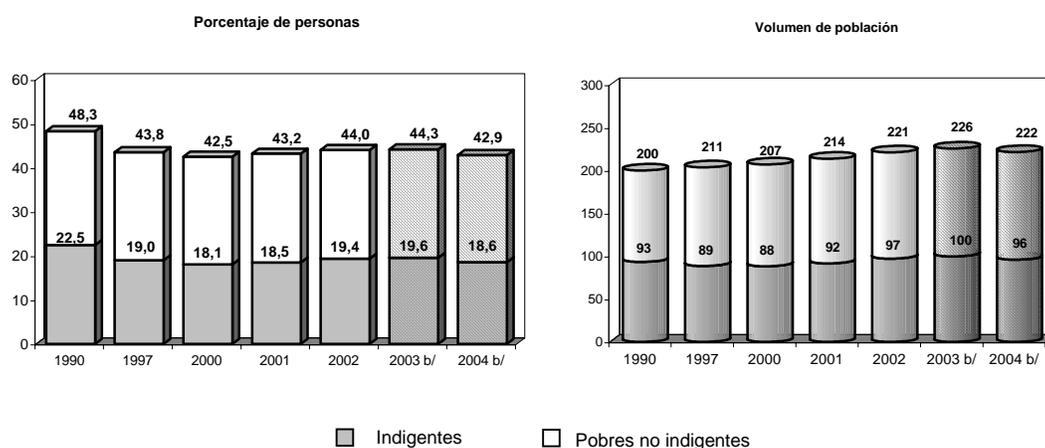
En esta oportunidad, el capítulo dedicado a la agenda social contiene un análisis de los principales resultados de una encuesta sobre los programas nacionales orientados a la juventud, realizada por la CEPAL entre organismos gubernamentales encargados de las políticas públicas destinadas a los jóvenes en América Latina. El objetivo del estudio era examinar, desde la perspectiva de esos organismos oficiales, las directrices y las normativas institucionales y programáticas que sirven de base a las políticas pertinentes y conocer la percepción de las autoridades nacionales sobre la situación de los jóvenes y sus problemas específicos. Al respecto, se observa un panorama bastante heterogéneo en cuanto a la capacidad de respuesta de los gobiernos ante los problemas de la juventud. Las medidas programáticas adoptadas dejan en evidencia distintos paradigmas, a veces superpuestos, y una escasa articulación con los mecanismos institucionales más adecuados para orientar la formulación y el desarrollo de políticas específicas para los jóvenes.

POBREZA Y DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO

Las cifras más recientes sobre pobreza e indigencia en América Latina, correspondientes al año 2002, muestran que en la región vivían 221 millones de personas pobres (44,0% de la población), de las cuales 97 millones se encontraban en condiciones de pobreza extrema o indigencia (19,4%). Aun cuando estos datos representan un estancamiento en el proceso de superación de la pobreza respecto de 1997, la comparación con 1990 arroja

un balance positivo, concretamente una disminución de la pobreza y la indigencia de 4,3 y 3,1 puntos porcentuales, respectivamente (véase el gráfico 1).

Gráfico 1
AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DE LA POBREZA Y DE LA INDIGENCIA^a
1990-2004



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

^a Estimación correspondiente a 18 países de la región más Haití. Las cifras colocadas sobre las secciones más claras de las barras representan el número total de personas pobres (indigentes más pobres no indigentes).

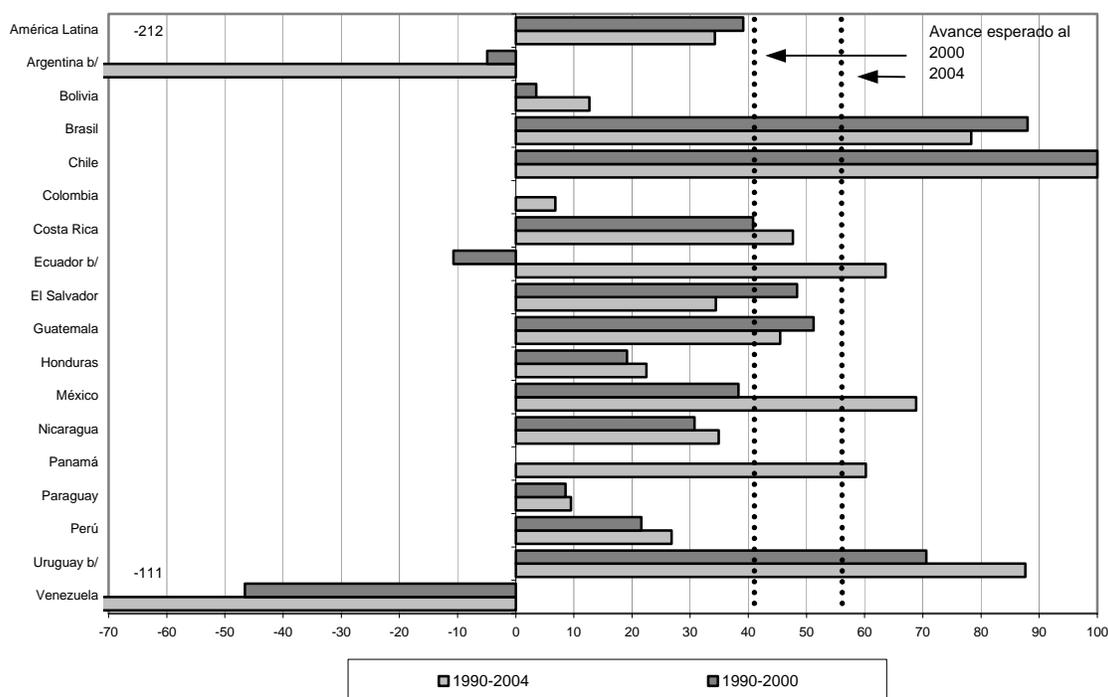
^b Las cifras correspondientes a 2003 y 2004 son proyecciones.

Como resultado del escaso crecimiento del producto por habitante de la región en el 2003, los índices de pobreza y de indigencia se habrían incrementado marginalmente ese año, ascendiendo a 44,3% y 19,6%, respectivamente. Sin embargo, el mayor crecimiento que se ha dado en el 2004 permite prever una disminución de la tasa de pobreza algo superior a un punto porcentual, gracias a lo cual el porcentaje de pobres sería un 42,9% en tanto que la indigencia afectaría a un 18,6% de la población. Estos cambios serían insuficientes para contrarrestar el crecimiento de la población en el mismo período, por lo que no cabe esperar un descenso del número de pobres e indigentes respecto del 2002. Los pobres ascenderían a 222 millones y los indigentes a 96 millones.

La determinación del grado de avance en el cumplimiento de la primera meta de desarrollo del Milenio, basada en las proyecciones de pobreza para el año 2004, sugiere que América Latina ha retrocedido nuevamente en la senda hacia la reducción de la pobreza extrema. Conviene recordar que en el año 2000 la región había alcanzado un porcentaje de avance cercano al 40%, acorde con el tiempo transcurrido hasta entonces para el cumplimiento de la meta. Debido a la crisis económica que afectó a varios países en los años posteriores, en el 2002 sufrió un rezago, ya que mostró un grado de avance de apenas un 27,6% en lugar del equivalente al 48% que debería haber logrado. El pronóstico sobre la situación de pobreza en la región hasta el 2004, basado en las proyecciones de crecimiento

actualmente disponibles para este año, indica que la tasa de avance podría aumentar a un 34%, lo que representaría un adelanto importante, pero considerablemente inferior al deseable (56%) (véase el gráfico 2).

Gráfico 2
AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): PORCENTAJES DE AVANCE EN LA REDUCCIÓN DE LA POBREZA EXTREMA, 1990-2000 Y 1990-2004^a



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

^a El porcentaje de avance se calcula dividiendo la reducción (o aumento) de la pobreza (o indigencia) en puntos porcentuales observada en el período por la mitad de la tasa de pobreza (o indigencia) de 1990. Las líneas punteadas representan el porcentaje de avance esperado al 2000 (40%, línea izquierda) y al 2004 (56%, línea derecha).

^b Área urbana.

Ya en el 2000, Chile era el único país de la región que había cumplido con la meta de reducción de la pobreza extrema. Las cifras más recientes sobre este país, del año 2003, confirman esta situación al poner de manifiesto una nueva reducción de la indigencia. Chile también ha sido el único país de la región que ha cumplido con la meta más exigente de reducir la pobreza total a la mitad y solo en Brasil, Ecuador, México, Panamá y Uruguay los porcentajes de avance en el cumplimiento de la primera meta de desarrollo de Milenio serían iguales o superiores al 56%. Por otra parte, Argentina y Venezuela seguirían presentando un mayor nivel de indigencia que en 1990.

El atraso sufrido por la región en el proceso de consecución de la primera meta de desarrollo del Milenio, unido al menor número de años que restan para alcanzarla, indican

que, en comparación con estimaciones previas, los países de la región tendrán que elevar el ritmo de crecimiento económico en el período 2004–2015.¹ En efecto, las simulaciones realizadas sobre la base de las encuestas de hogares más recientes en los países de la región indican que para alcanzar esta meta el producto por habitante debería crecer en América Latina a una tasa del 2,9% anual en los próximos once años y no del 2,6%, como se estimaba en el año 2002, en el supuesto de que la distribución del ingreso no presente variaciones sustanciales en ese período. Más aun, cabe advertir que el grupo de países con más altos niveles de indigencia estaría enfrentando un reto cada vez mayor, puesto que precisaría crecer al 4,4% anual, 0,8 puntos porcentuales más que lo estimado anteriormente.

Siempre en relación con la primera meta, la CEPAL ha insistido en que el mejoramiento de la distribución del ingreso potencia el efecto del crecimiento económico. De hecho, la tasa de crecimiento regional proyectada para alcanzar la meta relativa a la pobreza extrema podría reducirse aproximadamente 0,2 puntos porcentuales por cada punto porcentual de reducción en el coeficiente de Gini. Por lo tanto, en caso de producirse una baja del 5% de este coeficiente (aproximadamente equivalente a 0,025 puntos de su valor), el producto regional por habitante debería crecer al 2,1% anual, en lugar del 2,9% antes mencionado. En un contexto en el que las tasas de crecimiento necesarias para cumplir con las metas de reducción de la pobreza son de difícil consecución, sobre todo en los países más pobres, queda en evidencia la importancia de lograr avances en materia de redistribución del ingreso.

Rasgos característicos de la pobreza

El análisis de las condiciones en las que viven los pobres en América Latina, identificados como tales en función de la insuficiencia de recursos monetarios, es un requisito esencial para profundizar la comprensión del fenómeno de la pobreza y la formulación de políticas orientadas a su superación. Los factores que dificultan la eficaz inserción social de los pobres abarcan ámbitos tan diversos como el tamaño y la composición del hogar, la dotación de capital humano, la posibilidad de una adecuada participación en el mercado laboral y el acceso a la vivienda y los servicios básicos.

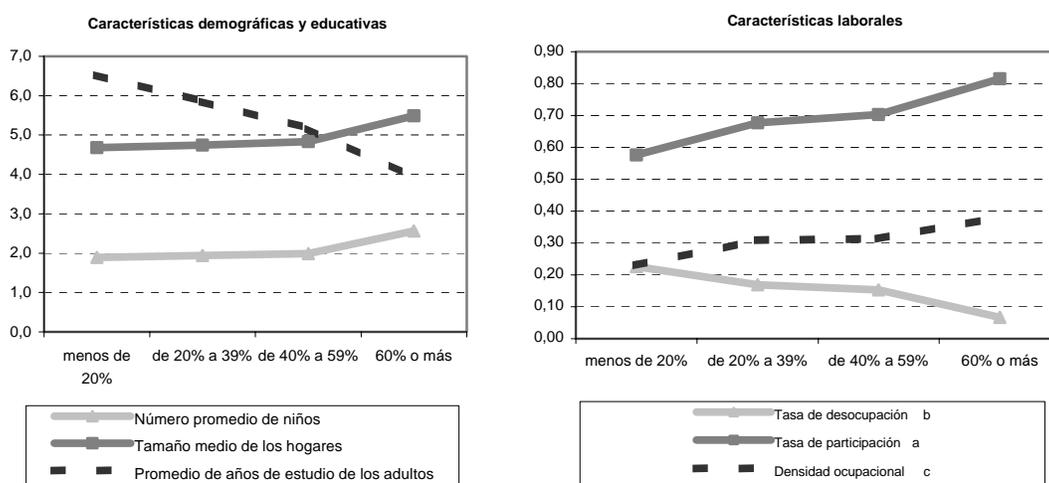
En lo que respecta al tamaño del hogar, se observa que los hogares pobres se caracterizan por estar integrados por un gran número de personas, muchas de las cuales son niños, situación que da lugar a altas tasas de dependencia demográfica (véase el gráfico 3).

La posibilidad de percibir ingresos suficientes para satisfacer las necesidades de consumo de los miembros del hogar se ve mermada tanto por su baja tasa de ocupación

¹ En la edición 2002-2003 del *Panorama social de América Latina* se afirma que la tasa de crecimiento del producto por habitante de la región necesaria para reducir la pobreza extrema a la mitad era de un 2,6% anual.

como por la limitada capacidad de generar ingresos suficientes de los que tienen un trabajo. Por una parte, las bajas tasas de densidad ocupacional (cociente entre el total de ocupados por hogar y el número de personas que lo integran) se ve agravada por las dificultades para conseguir empleo. Este fenómeno es aún más marcado en países con tasas de pobreza superiores al 20%, donde solo uno de cada cuatro integrantes del hogar se encuentra ocupado. Además, cabe la posibilidad de que el hogar cuente con una alta proporción de miembros ocupados, en cuyo caso la pobreza responde en mayor medida a los bajos ingresos laborales, lo que es mucho más evidente en los países con tasas de pobreza superiores al 50% (véase el gráfico 3).

Gráfico 3
AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LOS HOGARES POBRES, SEGÚN INCIDENCIA DE LA POBREZA EN LOS PAÍSES, 1999-2003



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

^a Población económicamente activa (ocupados y desocupados) dividida por población en edad de trabajar.

^b Número de desocupados dividido por la población económicamente activa.

^c Número de ocupados dividido por el número de integrantes del hogar.

Uno de los factores que influyen en mayor medida en la determinación del nivel de ingresos laborales y la calidad del empleo es la dotación de capital humano de los participantes en el mercado laboral. En numerosos países de la región, muchos de los adultos que viven en hogares pobres no han terminado la educación primaria y, en algunos casos, ni siquiera han cursado tres años de estudios. En consecuencia, es muy probable que los empleos que consigan se encuentren en sectores de baja productividad, por lo general muy inestables y sin acceso a prestaciones sociales de salud y jubilación. De hecho, en la mayoría de los países, el ingreso individual de los ocupados en hogares pobres alcanza para cubrir sus propias necesidades básicas, pero deja un margen muy reducido para atender las necesidades de cualquier otro miembro del hogar.

Ahora bien, las condiciones inadecuadas de saneamiento y la falta de servicios básicos son una clara manifestación de la baja calidad de vida a la que están sujetos los hogares de escasos recursos, especialmente en los países con altas tasas de pobreza. En efecto, mientras en los países con tasas de pobreza inferiores a 20% la confluencia de dos o más situaciones de carencia afecta a menos de la décima parte de los hogares pobres, este porcentaje asciende a más del 50% en países con mayores niveles de pobreza como Bolivia, Nicaragua y Honduras. No obstante, cabe mencionar que en varios países con tasas de pobreza superiores al 40%, factores como el hacinamiento, y la falta de agua potable, servicios sanitarios y luz eléctrica también afectan a un amplio segmento de la población identificada como no pobre.

Distribución del ingreso: convergencia hacia una mayor inequidad

En los últimos años, la distribución del ingreso en América Latina no ha mostrado una evolución alentadora. La aguda concentración del ingreso se ha convertido en uno de los rasgos más distintivos de la región, lo que le ha valido ser considerada la más rezagada del planeta en materia distributiva.

La mala distribución del ingreso de América Latina se destaca en el contexto internacional, especialmente por el elevado porcentaje de recursos que concentra el 10% de los hogares de más altos ingresos. En efecto, si se calculan los valores del coeficiente de Gini considerando únicamente al 90% restante de los hogares, las cifras son notablemente inferiores a las correspondientes a toda la población. La reducción del valor del índice de Gini tras la aplicación de ese procedimiento fluctúa entre 0,116 en Uruguay y 0,192 en Brasil. Estas variaciones son mucho mayores que las observadas, por ejemplo, en Estados Unidos, donde la disminución del coeficiente de Gini ante la exclusión del décimo decil no superaría los 0,040 puntos del valor del indicador.²

Por otra parte, la estratificación de países en cuatro categorías a partir del coeficiente de Gini demuestra que, pese a que la desigualdad se manifiesta de distintas maneras en la región, muchos países presentan niveles de inequidad similares, especialmente en aquellos de alta y muy alta concentración del ingreso. Más aún, si se compara la clasificación descrita, basada en datos del 2002, con la correspondiente a 1990, se observa que los países han ido convergiendo hacia una mayor inequidad distributiva (véase el cuadro 1).

² Las cifras sobre Estados Unidos provienen del Banco Interamericano de Desarrollo, *Informe de progreso económico y social*, Washington, D.C., 1998.

Cuadro 1
ESTRATIFICACIÓN DE PAÍSES DE ACUERDO CON EL COEFICIENTE DE GINI
DE DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO, 1990–2002

Grado de desigualdad	1990		1994		1997		1999		2002	
Muy alto 0,5800 – 1	Brasil	0,627	Brasil	0,621	Brasil	0,638	Brasil	0,640	Brasil	0,639
	Honduras	0,615	Nicaragua	0,582	Nicaragua	0,584			Argentina ^c	0,590
	Guatemala	0,582							Honduras	0,588
Alto 0,5200 – 0,5199	Chile	0,554	Colombia ^b	0,579	Colombia ^b	0,577	Honduras	0,564	Nicaragua	0,579
	Panamá ^b	0,545	Honduras	0,560	Guatemala	0,560	Colombia ^b	0,564	Colombia ^b	0,575
	Bolivia ^d	0,538	Chile	0,553	Chile	0,560	Chile	0,559	Bolivia ^b	0,554
	México	0,536	Panamá ^b	0,548	Honduras	0,558	Rep. Dominicana	0,554	Chile	0,550
	Colombia ^b	0,531	México	0,539	Panamá ^b	0,552	Perú	0,545	Rep. Dominicana	0,544
					México	0,539	México	0,542	Guatemala	0,543
					Perú	0,532	Argentina ^c	0,542	El Salvador	0,525
					Bolivia ^b	0,531	Panamá ^b	0,533	Perú	0,525
					Argentina ^c	0,530	Ecuador ^b	0,521		
Medio 0,4700 – 0,5199	Argentina ^c	0,501	Bolivia ^b	0,514	El Salvador	0,510	El Salvador	0,518	Panamá ^b	0,515
	Uruguay ^b	0,492	Paraguay ^b	0,511	Venezuela	0,507	Bolivia ^b	0,504	México	0,514
	Venezuela	0,471	Argentina ^c	0,508	Paraguay ^b	0,493	Venezuela	0,498	Ecuador ^b	0,513
			El Salvador	0,507			Paraguay ^b	0,497	Paraguay ^b	0,511
			Venezuela	0,486			Costa Rica	0,473	Venezuela	0,500
		Ecuador ^b	0,479					Costa Rica	0,488	
Bajo 0 – 0,4699	Ecuador ^b	0,461	Costa Rica	0,461	Ecuador ^b	0,469	Uruguay ^b	0,440	Uruguay ^b	0,455
	Costa Rica	0,438	Uruguay ^b	0,423	Costa Rica	0,450				
					Uruguay ^b	0,430				

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares.

^a Incluye ingresos iguales a cero.

^b Área urbana.

^c Gran Buenos Aires.

^d Ocho ciudades principales más El Alto.

Los datos confirman que América Latina es una región con niveles altos y crecientes de concentración del ingreso, por lo que mejorar su distribución no solo es un imperativo ético sino que, además, favorecería una mayor tasa de crecimiento y la reducción de la pobreza. Los efectos negativos que ejercen en el crecimiento la mala distribución del ingreso y, especialmente, la muy desigual distribución del patrimonio, se ven potenciados en la región por el inadecuado funcionamiento de los mercados, que dificulta el acceso al crédito y al conocimiento.

Para mejorar la distribución del ingreso es necesario adoptar políticas públicas que apunten a los siguientes fines: i) facilitar el acceso a los activos (tierra, capital, conocimiento y tecnología); ii) lograr un desarrollo productivo con alta participación de pequeñas y medianas empresas y un desarrollo territorial equilibrado, y iii) aplicar políticas sociales basadas en los principios de universalidad, solidaridad y eficiencia; para ello se requieren recursos, lo que puede lograrse mediante un adecuado pacto fiscal y una asignación más eficiente de estos.

TRANSFORMACIONES DEMOGRÁFICAS EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE Y CONSECUENCIAS PARA LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Las tendencias demográficas y sus consecuencias para el desarrollo han sido siempre objeto de debate, investigación y medidas públicas en los países de América Latina y el Caribe. Existe abundante documentación sobre los fenómenos que han caracterizado la dinámica de la población regional desde la segunda mitad del siglo XX. El ritmo del proceso de transición demográfica describe muy certeramente el tipo de transformación que se está produciendo, sobre todo en el caso del descenso sostenido y generalizado de la mortalidad y la rápida disminución de la tasa de fecundidad. Cabe destacar que la desaceleración del ritmo de crecimiento de la población ha atenuado la presión sobre los ecosistemas y los recursos públicos.

Cada vez queda más en evidencia que las cuestiones relativas a la población, además de imponer nuevos desafíos en términos de formulación de políticas públicas, han ido adquiriendo una complejidad creciente, por lo que se necesitan información detallada y análisis pormenorizados. Aún se observan rezagos importantes en materia de control de la mortalidad y de la fecundidad no deseada, que afectan sistemáticamente a los países y los grupos más pobres, incluida la población indígena. Estos rezagos son de enorme relevancia, dado que los fenómenos mencionados son una grave limitación para el logro de las metas de desarrollo del Milenio. El avance de la transición demográfica trae aparejada la confluencia de antiguos problemas con nuevos, sobre todo los planteados por el envejecimiento de la estructura por edades y el estrecho horizonte temporal en el cual se mantendrán relaciones de dependencia bajas, potencialmente favorables al desarrollo. A estos temas se suman otros, también de gran relevancia, que no están directamente vinculados con el proceso de transición demográfica propiamente tal, como ocurre con la fecundidad entre las adolescentes, la concentración urbana y la relación entre migración internacional y desarrollo.

Con el propósito de analizar las transformaciones demográficas, se utiliza información actualizada de diversas fuentes y se recoge buena parte de los estudios de la CEPAL en materia de población, en los que se ha otorgado primordial importancia al vínculo entre la población y el desarrollo. Al respecto, los países de la región se enfrentan a una compleja situación, dadas las fuertes motivaciones para migrar, y las consecuencias cada vez más notorias de la migración, entre las que destaca el aumento de las remesas y las restricciones al ingreso e integración de los inmigrantes en los países desarrollados.

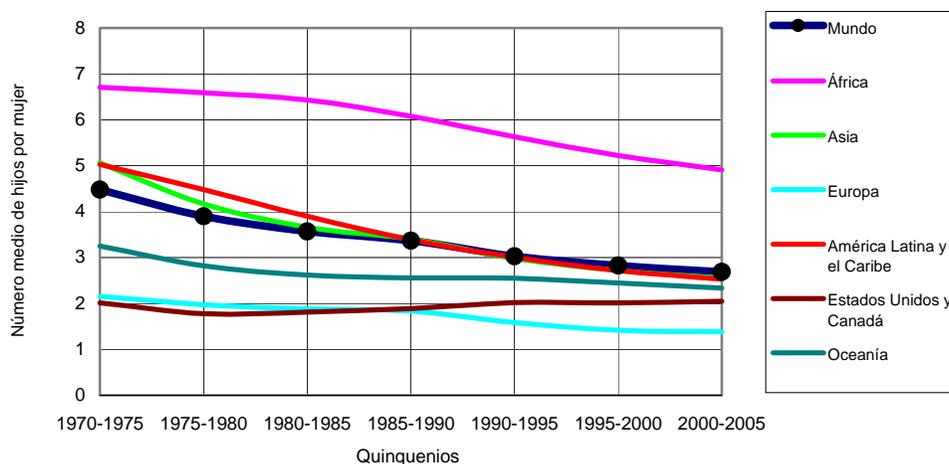
La transición demográfica y las tendencias del envejecimiento

La transición demográfica de América Latina y el Caribe se produjo en un período mucho más corto que en los países europeos. El descenso de la mortalidad, iniciado en la primera mitad del siglo XX, y la disminución de la fecundidad, que se generaliza a partir de los años sesenta, fueron mucho más rápidos que los cambios observados en países desarrollados. En la actualidad, se registra una baja tasa de crecimiento de la población (cerca al 1,5% anual); a esto se suma la aparición del fenómeno del envejecimiento de la población, que está transformando las sociedades de la región. En el marco de esta evolución, se observa una acelerada disminución de la fecundidad, cuyos niveles iniciales, períodos de disminución y valores actuales varían de un país a otro.

En promedio, la región presenta una tasa de fecundidad inferior a tres hijos por mujer y una esperanza de vida al nacer de 72 años, valores alcanzados en un lapso inferior al registrado por los países europeos (véanse los gráficos 4 y 5). A mediados del siglo XX, la tasa de crecimiento anual de la población de América Latina y el Caribe era del 2,7%. La población regional aumentó de 161 millones en 1950 a 512 millones en el 2000, y se prevé que ascenderá a 695 millones en el 2025. Mientras en 1950 la población de la región representaba menos del 7% del total mundial, esa proporción se eleva en la actualidad a cerca del 9%. Dada la heterogeneidad de la transición, el ritmo de crecimiento anual oscila entre menos de un 0,5% y un 2,5% (véase el gráfico 6).

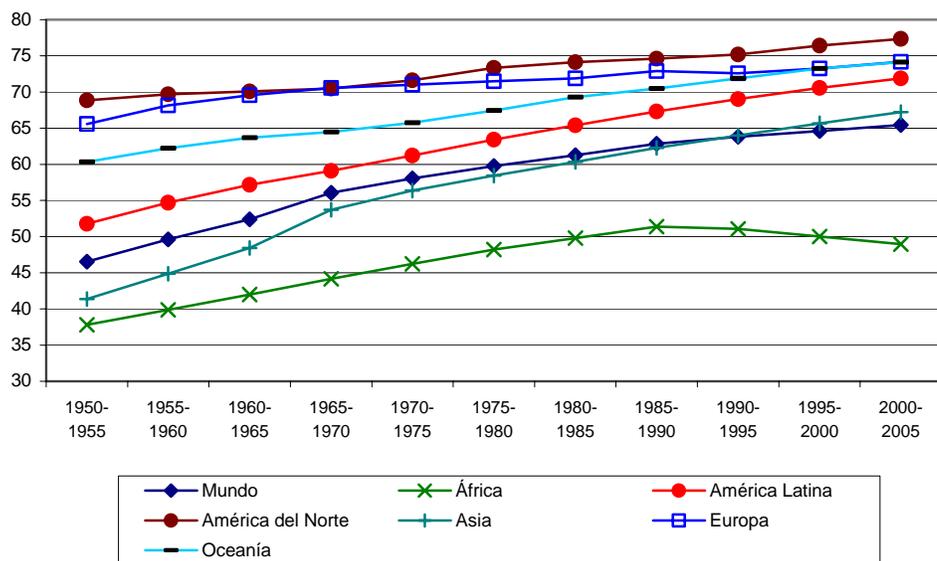
La transición no solo ha consistido en el envejecimiento de la población, sino también en la disminución de la tasa de dependencia, lo que contribuye a una holgura demográfica a mediano plazo, puesto que favorece la actividad económica. En cambio, el primero de estos fenómenos plantea enormes desafíos sociales, debido a que la proporción y el número absoluto de personas de 60 años y más se incrementarán sostenidamente en los próximos decenios y la velocidad de cambio de este segmento de la población será entre tres y cinco veces mayor que el de su conjunto en los períodos 2000-2025 y 2025-2050, respectivamente. Hacia el 2050 uno de cada cuatro latinoamericanos será un adulto mayor.

Gráfico 4
TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD, 1970-2005: EVOLUCIÓN EN GRANDES REGIONES DEL MUNDO



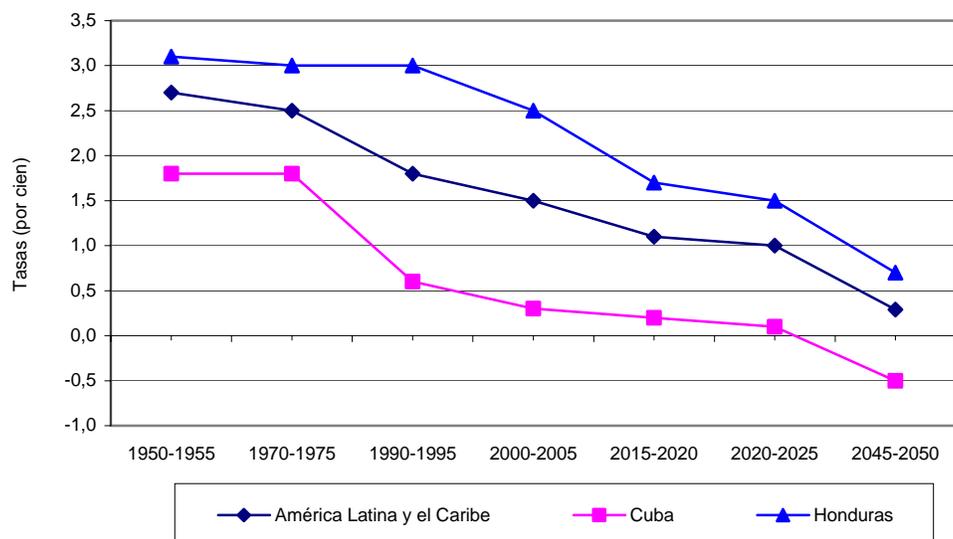
Fuente: Naciones Unidas *World Population Prospects: The 2002 Revision*, Nueva York, 2003; y Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), "América Latina y el Caribe: estimaciones y proyecciones de población 1950-2050", *Boletín demográfico*, N° 73 (LC/G.2225-P), Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL, enero del 2004. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: E/S.03.II.G.209.

Gráfico 5
ESPERANZA DE VIDA AL NACER, 1950-2005: EVOLUCIÓN EN GRANDES REGIONES DEL MUNDO



Fuente: Naciones Unidas *World Population Prospects: The 2002 Revision*, Nueva York, 2003; y Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), "América Latina y el Caribe: estimaciones y proyecciones de población, 1950-2050", *Boletín demográfico*, N° 73 (LC/G.2225-P), Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL, enero del 2004. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: E/S.03.II.G.209.

Gráfico 6
TASAS DE CRECIMIENTO ANUAL EN LA REGIÓN Y PAÍSES SELECCIONADOS, 1950-2050

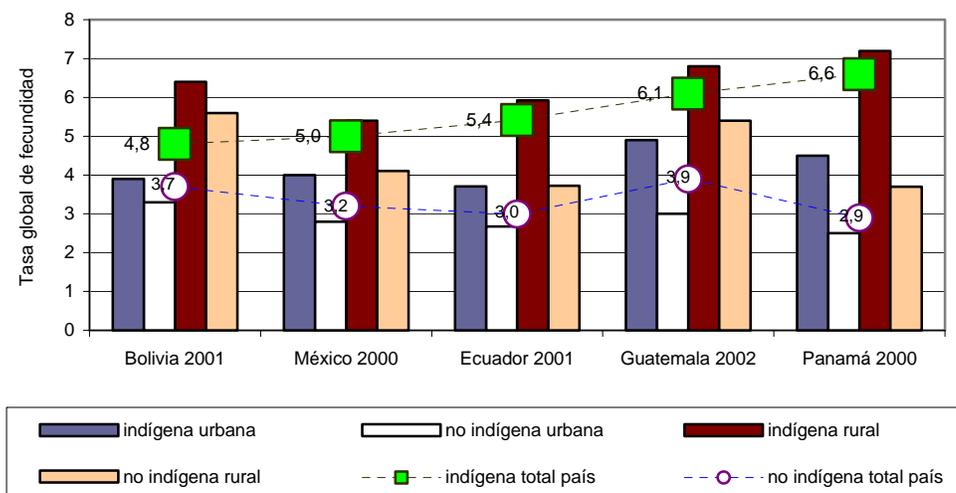


Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de estimaciones y proyecciones de población vigentes.

Tendencias y cambios de la fecundidad

La disminución generalizada de la fecundidad es uno de los aspectos más destacados de la evolución de la población en nuestra región, aunque aún hay países y grupos sociales en los que sigue siendo alta. Los índices pertinentes fluctúan entre porcentajes inferiores al nivel de reemplazo en Cuba y otros Estados insulares del Caribe, hasta índices superiores a los cuatro hijos en Guatemala y Haití. Estas diferencias responden al mayor o menor uso de anticonceptivos y revelan una demanda insatisfecha de planificación familiar. Las disparidades entre países se verifican también en su interior, pues las tasas de fecundidad son sistemáticamente más elevadas entre los grupos pobres y los pueblos indígenas, especialmente en los países con mayor proporción de población rural. En muchos de estos casos, una tasa de fecundidad relativamente alta dificulta la superación de la pobreza y constituye una expresión más de la falta de equidad social. Hay países donde las disparidades son enormes, ya que la tasa de fecundidad de los grupos más postergados equivale al triple de la tasa que presentan los grupos de mayores ingresos. La elevada fecundidad también sigue siendo un rasgo distintivo de muchas poblaciones indígenas, independientemente de la etapa del proceso de transición demográfica en que se encuentra el respectivo país (véase el gráfico 7).

Gráfico 7
AMÉRICA LATINA (5 PAÍSES): TASA DE FECUNDIDAD GLOBAL DE MUJERES INDÍGENAS Y NO INDÍGENAS (CRITERIO DE AUTOPERTENENCIA) POR ZONA DE RESIDENCIA. CENSOS 2000^a

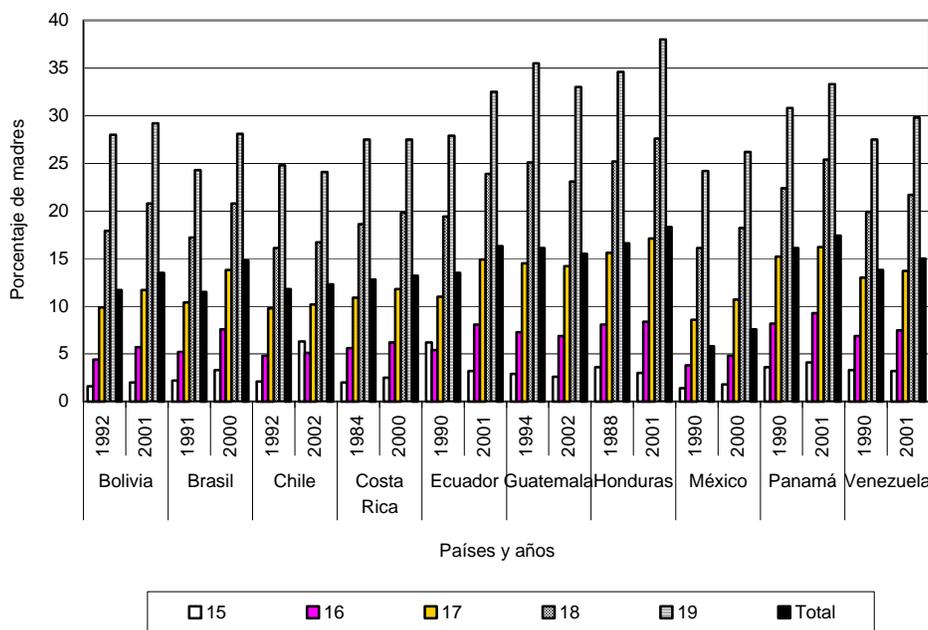


Fuente: Banco Interamericano de Desarrollo (BID)/Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Proyecto sobre población indígena y afrodescendiente a partir de datos provenientes de la ronda de censos del 2000.

^a Corresponde a mujeres indígenas y no indígenas, definidas de acuerdo a criterio de pertenencia.

Las tasas de fecundidad se redujeron considerablemente en todos los grupos de edad, salvo entre las adolescentes menores de 20 años y sobre todo las menores de 18 años (véase el gráfico 8). En la actualidad, entre un 25% y un 35% de las mujeres, según el país, tiene su primer hijo antes de cumplir los 20 años, lo que puede menoscabar los efectos positivos del descenso de la fecundidad. Aunque en algunos casos el embarazo parece ser una opción deliberada para conseguir reconocimiento social o bien responde a un patrón cultural bien definido, sus efectos negativos están ampliamente documentados y suelen acentuarse cuando la maternidad se da al margen de una unión estable, lo que en muchos países es un fenómeno cada vez más generalizado. Además, en todos los países la fecundidad es mucho más alta en los grupos postergados de la sociedad, lo que acentúa la necesidad de políticas públicas en este plano.

Gráfico 8
EVOLUCIÓN DE LA MATERNIDAD ADOLESCENTE SEGÚN EDADES SIMPLES
 (Circa 1990-2000)

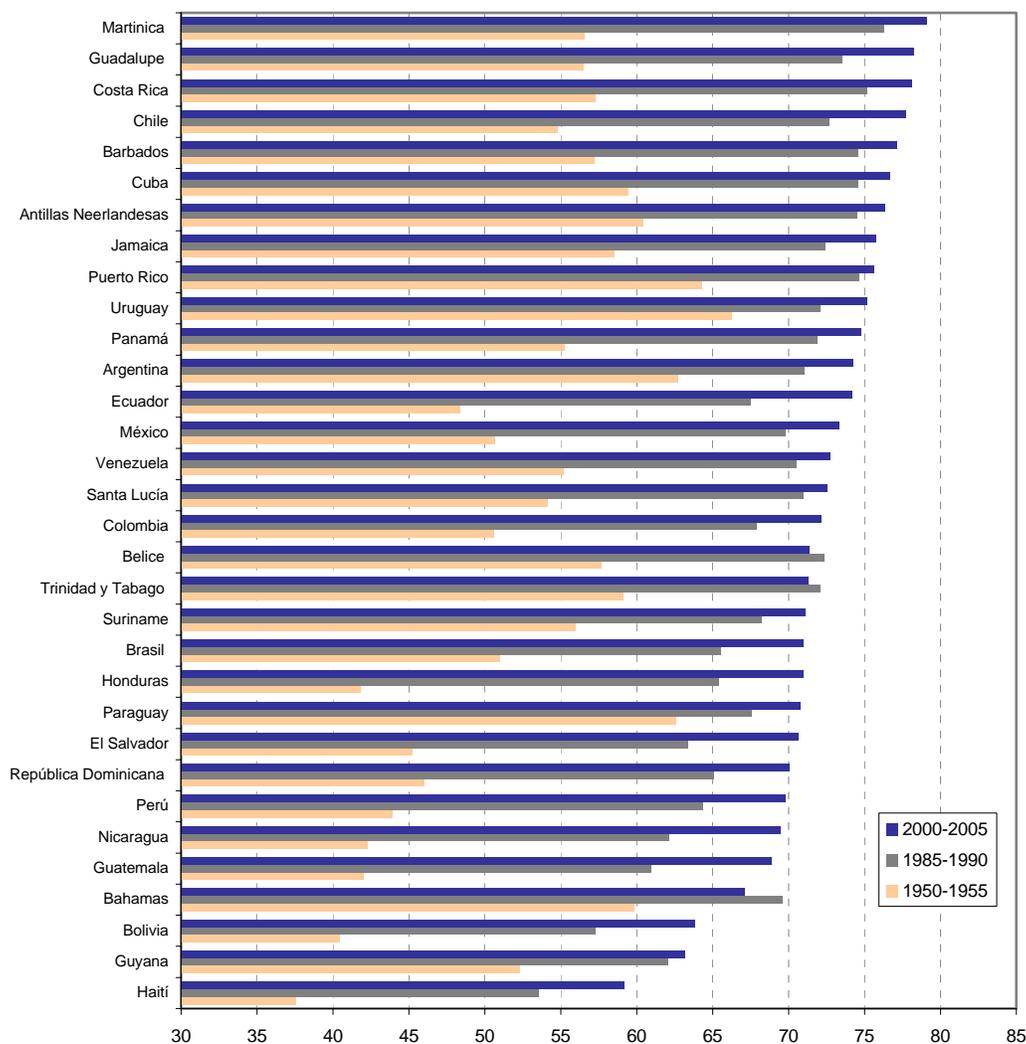


Fuente: Procesamiento especial de bases de microdatos censales y Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *Panorama social de América Latina, edición 2002-2003* (LC/G.2209-P/E), Santiago de Chile, 2003. Población de las Naciones Unidas, N° de venta: S.03.II.G.185.

Tendencias y cambios de la mortalidad

El descenso de las tasas de mortalidad en la región inició el proceso de transición demográfica en la primera mitad del siglo XX. A partir de 1950 el promedio de vida registró un aumento sostenido y se calcula que a comienzos del presente siglo es de 71,9 años, lo que representa un alza de 20 años. En este ámbito, como en muchos otros, el panorama regional no es homogéneo: en Martinica, Guadalupe y Costa Rica la edad promedio supera los 78 años y en el otro extremo se encuentra Haití, con una edad promedio de 59,2 años (véase el gráfico 9). Paralelamente, la sobremortalidad masculina ha aumentado, lo que obedece al incremento de las defunciones atribuibles a enfermedades cardiovasculares, causas externas (accidentes y traumatismos), hechos violentos y tumores malignos. La diferencia en la esperanza de vida al nacer entre ambos sexos pasó de una ventaja de las mujeres equivalente a 3,5 años a mitad del siglo XX a cerca de 6,5 a fines de este.

Gráfico 9
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: ESPERANZA DE VIDA AL NACER
1950-1955, 1985-1990 Y 2000-2005

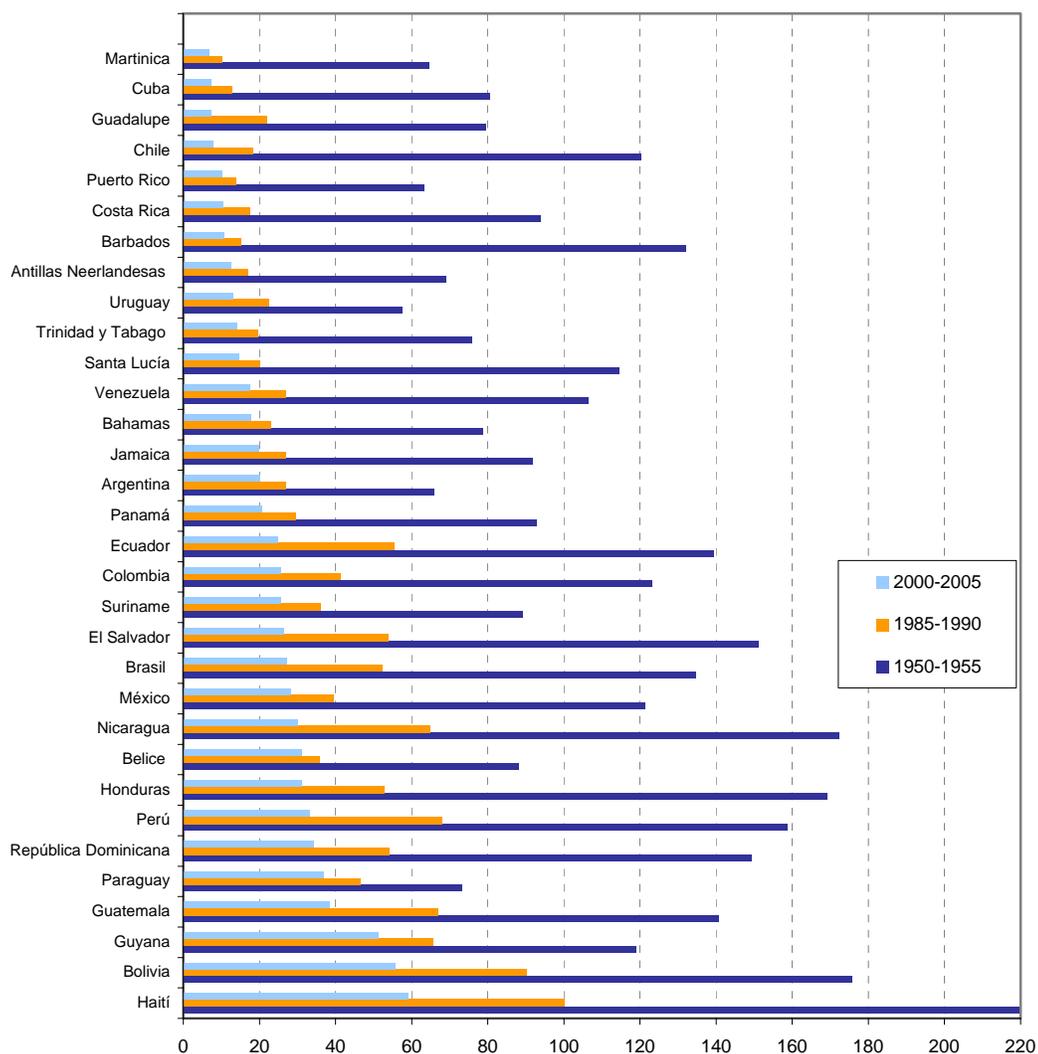


Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *Boletín demográfico*, N° 74 (LC/G.2257-P), Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL, junio del 2004.

El aumento de la esperanza de vida al nacer es un logro indiscutible en la región, que en un comienzo respondió fundamentalmente al descenso de la mortalidad en la infancia. Esta última se ha reducido de un valor promedio de 128 muertes de menores de un año por cada mil nacidos vivos a 28 en el período comprendido entre 1950-1955 y 2000-2005. El descenso de la tasa de mortalidad infantil tiene algunas peculiaridades. En primer lugar, se ha dado en todos los países y ocurrió con relativa independencia de la situación social y económica; en segundo término, la mortalidad infantil sigue reflejando desigualdades

sociales, pues persisten importantes diferencias entre países y, sobre todo, entre distintas zonas de un mismo país (véase el gráfico 10); en este contexto, los menos favorecidos son los niños de las áreas rurales y los hijos de madres con menos instrucción. Distinta es la situación de los grupos indígenas, cuya tasa de mortalidad infantil es siempre superior a la del resto de la población, lo que obedece a la postergación que han sufrido, ya que han sido objeto de menos medidas de control de la mortalidad (véase el gráfico 11).

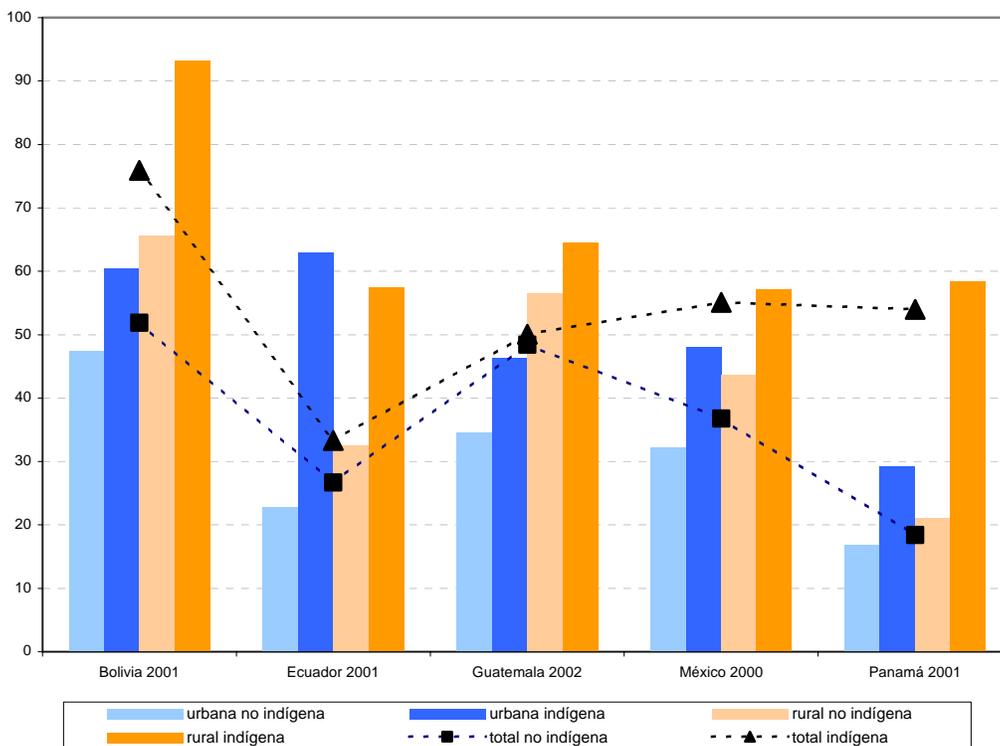
Gráfico 10
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: TASA DE MORTALIDAD INFANTIL^a
1950-1955, 1985-1990 Y 2000-2005



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *Boletín demográfico*, N° 74 (LC/G.2257-P), Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL, junio del 2004; y Naciones Unidas, *World Population Prospects. The 2002 Revision*, vol. 1 (ST/ESA/SER.A/198), Nueva York, 2003.

^a Defunciones de menores de un año por mil nacidos vivos.

Gráfico 11
AMÉRICA LATINA (ALGUNOS PAÍSES): TASA DE MORTALIDAD INFANTIL DE LA POBLACIÓN INDÍGENA Y NO INDÍGENA POR ZONA DE RESIDENCIA DE LA MADRE (DEFUNCIONES DE MENORES DE UN AÑO POR MIL NACIDOS VIVOS)^a



Fuente: Banco Interamericano de Desarrollo (BID)/Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Proyecto sobre población indígena y afrodescendiente a partir de los censos; y Censos de Población de Guatemala de 2002 y México 2000.

^a Corresponde a niños indígenas, definidos de acuerdo a criterio de pertenencia, por zona de residencia de la madre.

A pesar de los grandes avances en la reducción de la mortalidad infantil, en la mayoría de los países de la región se debería mantener e incluso aumentar el ritmo de descenso de la mortalidad de menores de cinco años para alcanzar la meta de desarrollo del Milenio, que plantea reducir en dos tercios el nivel registrado en 1990.

Paralelamente a la transición demográfica, se observa un proceso de transición epidemiológica, signada por un cambio del perfil de la morbilidad y la mortalidad por causas, y de la distribución de las defunciones por edad. Esta transición se caracteriza por la disminución porcentual de las muertes por enfermedades transmisibles (infecciosas, parasitarias y del aparato respiratorio) y en el período perinatal, lo que ha dado paso a un predominio relativo de las defunciones por enfermedades crónicas y degenerativas (del aparato circulatorio y tumores malignos) y de las provocadas por causas externas (violencia, accidentes y traumatismos).

La migración internacional y el desarrollo

La migración internacional es uno de los rasgos distintivos de la inserción de los países de la región en la escena mundial; se trata, esencialmente, del predominio de una intensa emigración, que abarca a todos los países y obedece en gran medida a factores internos y externos. Entre las características de la emigración destaca la falta de redes de apoyo que faciliten la vinculación de los migrantes con sus países de origen, mientras que entre sus consecuencias negativas se observa la pérdida de capital humano. Asimismo, el impacto macroeconómico y social de las remesas se ha dejado sentir con fuerza en los últimos cinco años pues, si bien siempre existieron, en la actualidad alcanzan un volumen varias veces mayor que otras fuentes de ingreso de divisas y contribuyen decisivamente al sustento económico de un número creciente de hogares en varios países.

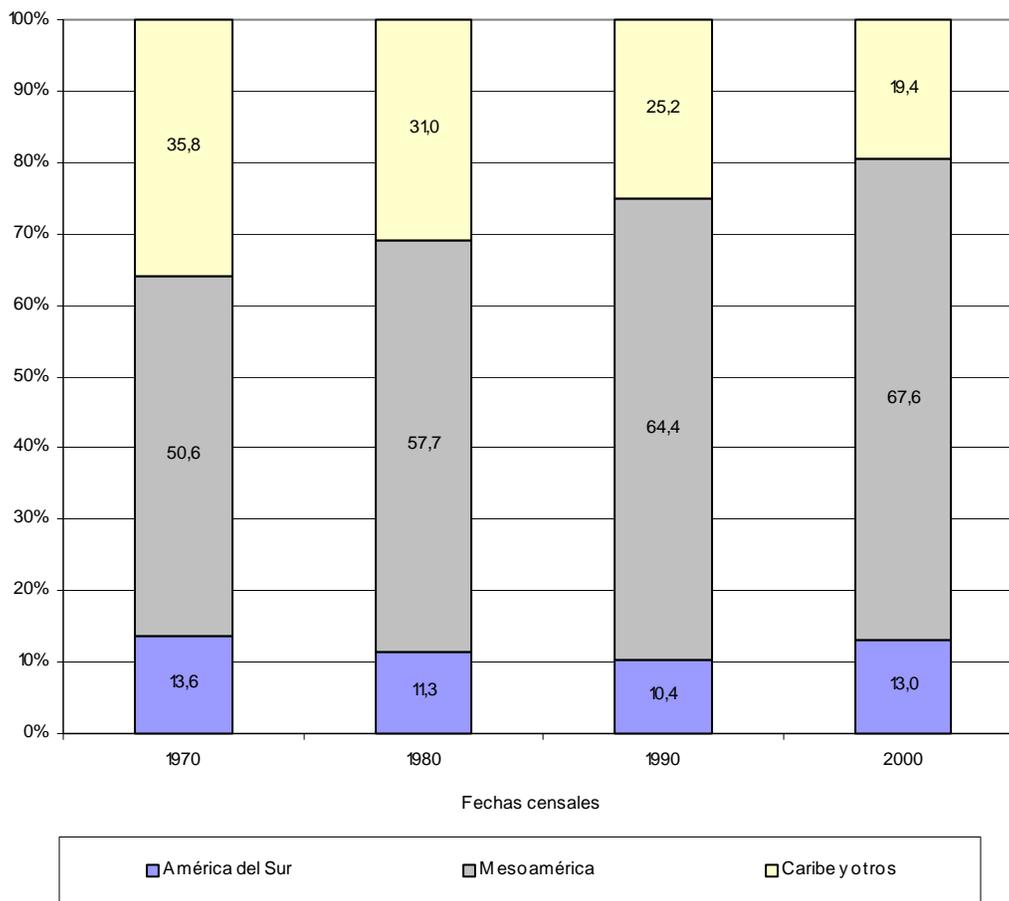
Los múltiples riesgos para los migrantes de la región constituyen otra dimensión relevante de la migración contemporánea; aunque los factores que subyacen a estas situaciones son diversos, la irregularidad y la desprotección que sufren muchos migrantes obedecen a que los gobiernos no aceptan principios comunes para la gobernabilidad migratoria, por lo cual el fenómeno se sigue manejando en forma unilateral, como lo indica la selectividad de las políticas de admisión e integración de los inmigrantes que rigen en la mayoría de los países desarrollados.

Si bien persisten los movimientos regionales, sobre todo fronterizos, y se registra una merma notoria de la inmigración ultramarina, la región ha ampliado paulatinamente los destinos de la emigración al exterior, que incorpora nuevos actores, en especial sectores de mediana y elevada calificación, con una significativa participación de las mujeres. Más de 20 millones de latinoamericanos y caribeños viven fuera de su país de nacimiento, cifra inédita en la historia, que se alcanzó merced al gran aumento experimentado durante el decenio de 1990, en particular de la migración a los Estados Unidos, aunque también irrumpieron nuevos flujos, con una expansión sin precedentes, dirigidos a Europa y especialmente a España.

Respecto de la migración internacional latinoamericana y caribeña, Argentina, Costa Rica y Venezuela siguen siendo los países que registran el mayor número de inmigrantes provenientes de países de la propia región. En los Estados Unidos se estima que en el 2000 había 15 millones de inmigrantes de la región, lo cual equivale a poco más de la mitad del número total de inmigrantes recibidos por el país. Esa inmigración está compuesta en su mayoría por mexicanos y centroamericanos, representados principalmente por hombres (véanse los gráficos 12 y 13). La emigración a otros destinos asciende a un total cercano a los 3 millones de personas en el año 2000 y en algunos países se acrecentó, con el retorno de antiguos inmigrantes de ultramar y el de los que obtuvieron el reconocimiento de su

ciudadanía en el país de origen de sus parientes y antepasados. En estos flujos se advierte un fuerte predominio de mujeres, lo que apunta a un fenómeno emergente.

Gráfico 12
ESTADOS UNIDOS: PORCENTAJE DE POBLACIÓN INMIGRANTE DE ORIGEN LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO POR SUBREGIONES, 1970-2000

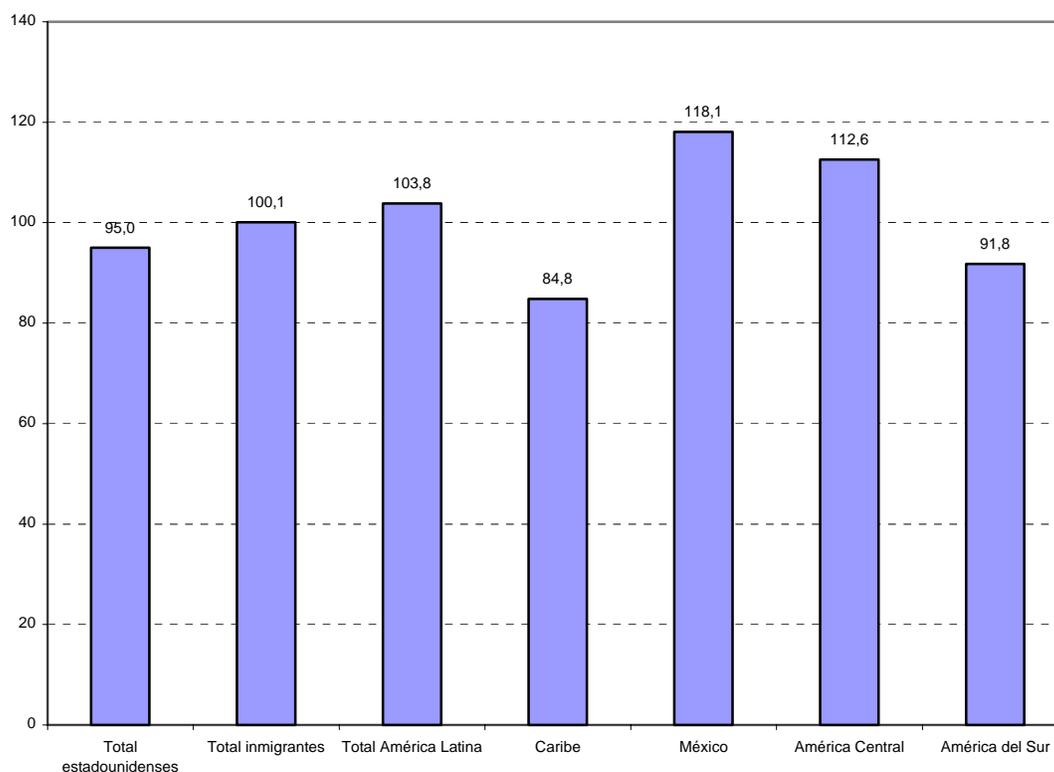


Fuente: Miguel Villa y Jorge Martínez Pizarro, "La migración internacional de latinoamericanos y caribeños en las Américas", *serie Seminarios y conferencias*, N° 33 (LC/L.2012-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 2003. Para el año 2000 la información corresponde a la encuesta continua de población (*Current Population Survey*) del Departamento del Trabajo de los Estados Unidos.

El significativo aumento de la participación de las mujeres está acompañado de transformaciones cualitativas de los flujos migratorios, con especificidades que van desde las motivaciones laborales hasta razones de carácter familiar y otras más individuales. A su vez, el fenómeno de las remesas se está convirtiendo en una de las dimensiones objetivas más palpables de la migración internacional de latinoamericanos y caribeños. Hacia el año 2003 se estiman en más de 35.000 millones de dólares, siendo la región con la primera fracción del total de remesas en el mundo. En algunos países equivalen a más del 10% del PIB y más del

30% de las exportaciones. Los altos costos de transferencia de los fondos han sido una de las preocupaciones fundamentales para dar más transparencia al mercado de las remesas.

Gráfico 13
ESTADOS UNIDOS: ÍNDICE DE MASCULINIDAD DE ESTADOUNIDENSES E INMIGRANTES
POR REGIÓN DE ORIGEN, 2000^a

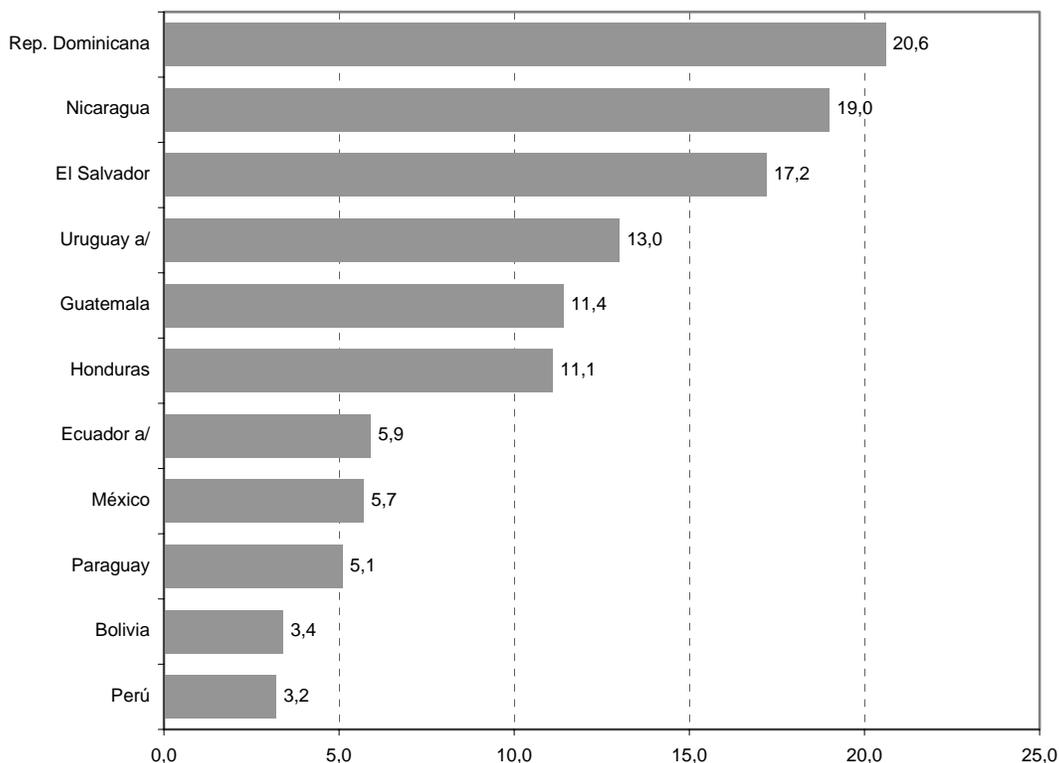


Fuente: A. Schmidley, "Profile of the foreign-born population in the United States: 2000", *Current Population Reports*, N° P23-206, Washington, D.C., U.S. Census Bureau, 2001, según datos de la encuesta continua de población de 2000 (*Current Population Survey*).

^a Índice de masculinidad = porcentaje de hombres por cada cien mujeres.

A lo anterior se agrega que casi dos tercios de los emigrantes envían remesas a sus familias, lo que representa para ellos menos de un 10% de sus ingresos, pero una proporción mucho mayor para los hogares receptores. En este sentido, los porcentajes de hogares que reciben remesas fluctúan entre un 3% (Bolivia, Perú) y cerca de un 20% (Nicaragua y República Dominicana) y también varían según el área de residencia dentro de cada país (véase el gráfico 14).

Gráfico 14
**AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (11 PAÍSES): HOGARES QUE RECIBEN REMESAS
 SEGÚN ÁREA DE RESIDENCIA,
 CIRCA 2002**
 (Porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

^a Total urbano.

Junto con las remesas, la pérdida de capital humano y la desprotección de los migrantes en cuanto a la defensa de sus derechos humanos son preocupaciones insoslayables para la gobernabilidad migratoria. El principal desafío para los países de América Latina y el Caribe es aprovechar para su propio desarrollo las enormes potencialidades de la migración, para lo cual sería necesario establecer férreas demandas a los países desarrollados y comprometerse en la cuestión de la gobernabilidad migratoria, a fin de favorecer mayores cuotas de liberalización de la movilidad, mejorar la integración y la protección de los inmigrantes, aumentar el flujo e impacto de las remesas, facilitar la circulación de personal calificado y propiciar una menor asimetría en el orden internacional.

Migración interna y distribución espacial

América Latina y el Caribe es la región más urbanizada del mundo en desarrollo, de cuya población un 75% reside en localidades urbanas, proporción que varía entre un 90% y menos de un 50%, según el país. Los sistemas urbanos de la región se estructuran en torno a ciudades de gran tamaño; de hecho, una de cada tres personas reside en una ciudad de más de 1 millón de habitantes. Por su parte, la población rural se ha mantenido constante, en torno a los 125 millones de habitantes, desde hace un par de décadas. La migración interna es moderada y mantiene un predominio interurbano, si bien presenta características de creciente complejidad. Los migrantes siguen un patrón de selectividad según la edad y la educación (los jóvenes y las personas con mayor educación tienden a migrar más) y se advierte un predominio de las mujeres, característica distintiva de América Latina y el Caribe.

Aunque los sistemas de ciudades de la región se siguen destacando por un alto grado de concentración de la población –en la mayoría de los países, la ciudad principal congrega a más de un cuarto de la población nacional y más de un tercio de la población urbana–, la migración interna ya no aumenta la población de las ciudades grandes. En efecto, en las últimas dos décadas varias áreas metropolitanas, en particular las más grandes de la región, han tenido una emigración neta. En contrapartida, se observa un renovado dinamismo y atractivo de numerosas ciudades intermedias y una reactivación económica en territorios especializados en producción primaria para la exportación. Con todo, algunas de estas regiones dinámicas en materia de inversión ya no atraen a potenciales migrantes, porque los trabajos que se crean son insuficientes o estacionales. Existe consenso en que, salvo circunstancias excepcionales, los cambios de residencia son decisiones libres y soberanas de las personas; el Estado debe, entonces, evitar las salidas forzosas, promover la información sobre lugares de destino y propiciar un entorno libre de discriminación en esos lugares. Las fuerzas del mercado son las más poderosas para incentivar la localización y el desplazamiento de la población; sin embargo, es preciso contar con políticas y programas públicos destinados a influir en el patrón de asentamiento territorial de la población, en particular para asegurar el respeto de los derechos ciudadanos en todo el territorio de los países, promover formas de localización favorables a la preservación del medio ambiente e impulsar un aprovechamiento integral de las oportunidades productivas derivadas de la geografía de cada país.

SITUACIÓN SOCIAL DE LA JUVENTUD EN AMÉRICA LATINA

La creciente preocupación por la situación de los y las jóvenes obedece al hecho de que los mecanismos que vinculan el tránsito etario con la integración social están cada vez menos definidos. Dicho de otro modo, los canales de tránsito de la educación al empleo, de la

familia de origen a la constitución de un nuevo hogar y de la dependencia a la independencia material se vuelven difusos y afectan de maneras cada vez más diversas a los distintos grupos de jóvenes. No es casual que la conflictividad o apatía política, la deserción escolar, la postergación de la procreación, la crisis normativa o las conductas de riesgo pasen a ser parte del lenguaje que la sociedad usa para referirse a la juventud.

Desde la perspectiva del tipo de desafíos y conflictos que enfrentan los jóvenes, cabe destacar una serie de tensiones y paradojas que hoy les toca vivir. Mientras gozan de más acceso a la educación y a la información que los adultos, los jóvenes cuentan, en contraste, con menores oportunidades de empleo y de acceso al poder. Si bien abrigan más expectativas de autonomía que las generaciones anteriores, por efecto de la secularización de los valores y el cuestionamiento de las fuentes de autoridad, no tienen los canales productivos e institucionales para plasmarlas en el plano material. Cuentan con mejores sistemas de salud, pero carecen de servicios que se adecuen específicamente a su morbilidad y tengan en cuenta las conductas de riesgo y la violencia social como factores clave. Aunque son vistos y exigidos como capital humano que debe formarse para el futuro, la sociedad de consumo les reclama el goce presente y la crisis de la sociedad del empleo les enturbia cada vez más el porvenir. Además, si por un lado tienen la ventaja de registrar hoy tasas de fecundidad más bajas que las de las generaciones precedentes, por el otro persiste el problema de la fecundidad adolescente, lo que constituye un mecanismo de reproducción intergeneracional de la pobreza y la exclusión.

No puede tomarse a la juventud como un grupo homogéneo, dado que en casi todos los indicadores sociales presenta una alta variación según el subgrupo etario, el sexo, la localización geográfica, la adscripción étnica y el estrato socioeconómico. Con todo, es común a los jóvenes el hecho de que viven un proceso de cambio en el que se suceden fases diferenciales en cuanto a las principales actividades que realizan (estudio o trabajo), su grado de independencia y autonomía (económica y afectiva) y el papel que desempeñan en la estructura familiar (hijo, jefe de hogar o cónyuge). Del mismo modo, no puede comprenderse el “ser joven” sin abordar dos dimensiones centrales de su condición de sujeto: la referente a las formas de apropiación de los objetos culturales, que marcan fuertes diferencias con el modo de aproximación de los adultos, y, las características que definen su participación social y el ejercicio ciudadano, aspectos clave de la inclusión de los jóvenes en la sociedad.

Respecto de las tendencias sociodemográficas de los jóvenes, cabe destacar que América Latina y el Caribe atraviesa actualmente su segunda fase de transición demográfica, en la que disminuye el ritmo de crecimiento de la población joven y la proporción de los jóvenes en la población total, dados el descenso de la fecundidad y el aumento de la expectativa de vida. Algunos países están prontos a ingresar a una tercera etapa, en la que se produce un descenso de la cantidad de jóvenes y se acentúa la caída del porcentaje

correspondiente, cifra que a mediados del siglo XXI llegaría aproximadamente al 25%. Este “bono demográfico” plantea desafíos y también oportunidades para las políticas orientadas a los jóvenes.

En cuanto a la situación familiar, se observa el síntoma de la autonomía postergada, vale decir, la prolongación de la permanencia en la familia de origen, tanto por el aumento del número de años de educación formal como por las dificultades de los jóvenes para acceder a empleos estables. Esto explica el hecho de que los jóvenes que han constituido su propia familia representan una proporción relativamente baja del total (véase el cuadro 2). Si bien se ha producido un inicio más temprano de las relaciones sexuales, se advierte una creciente postergación de la edad del casamiento, reflejada en el aumento de la proporción de solteros y solteras al finalizar la juventud en todos los países latinoamericanos.

Cuadro 2
¿CON QUIÉN VIVEN LOS JÓVENES?
(Porcentajes)

	Chile	Colombia	Bolivia	México
Familia de origen	87,7	84,0	68,8	80,0
Familia propia	12,3	13,0	24,3	20,0
Sin familia	...	3,0	6,9	...

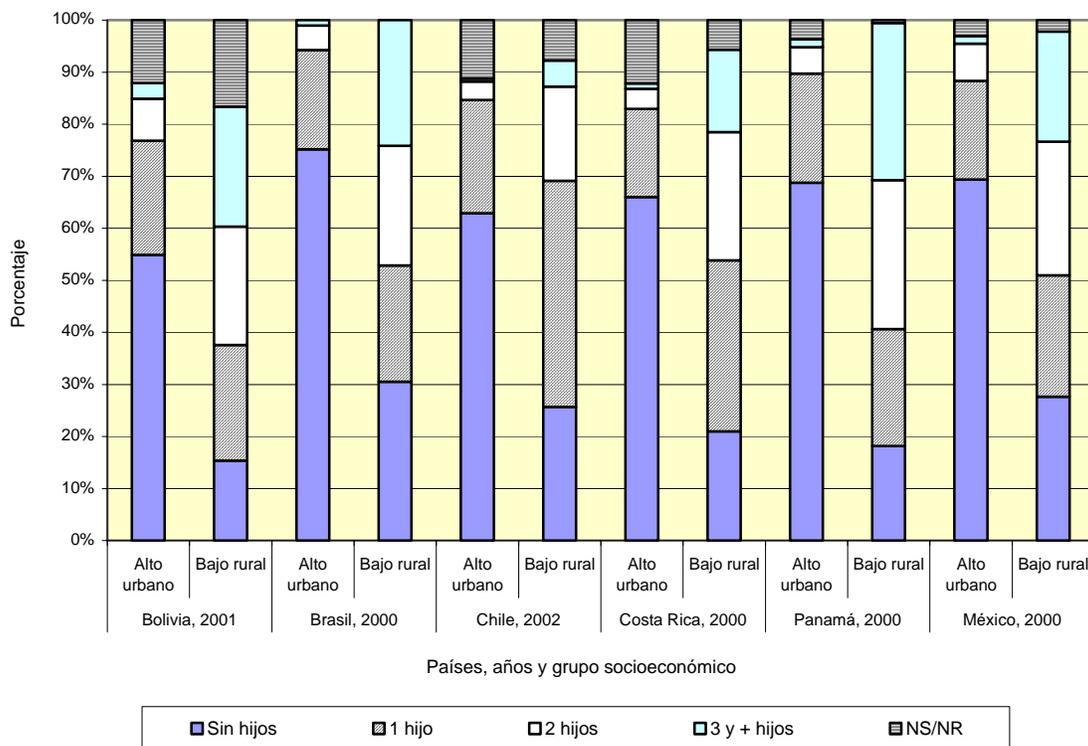
Fuente: Encuestas nacionales de juventud.

Si bien alrededor de un sexto de los jóvenes han constituido sus propios hogares, entre ellos el 73% de los jefes hombres tienen familias nucleares, mientras en el caso de las mujeres esa cifra alcanza a algo más de la mitad (52%), lo que se traduce en mayores situaciones de vulnerabilidad para los jóvenes.

En el conjunto de América Latina, mientras a fines de la década de 1980 las mujeres tenían 2,2 hijos nacidos vivos al cumplir los 30 años, hoy el promedio ha bajado a 1,7 hijos nacidos vivos a la misma edad y las diferencias por países siguen siendo marcadas. Pese a estos descensos, que permiten mayores oportunidades de educación y trabajo, las jóvenes latinoamericanas siguen iniciando su reproducción a edades relativamente tempranas y más bien reducen el promedio total de hijos en sus trayectorias reproductivas. Gravísima es la alta y creciente incidencia de la fecundidad adolescente, sobre todo en las jóvenes de menores ingresos.

Además de lo anterior, hay poderosos motivos para preocuparse por la fecundidad adolescente, dado que su intensidad es mucho mayor en grupos pobres y con baja educación, reproduce la pobreza y la exclusión, la precariedad familiar del nacimiento y la crianza, y conlleva un mayor riesgo para la madre y para los hijos (véase el gráfico 15).

Gráfico 15
**AMÉRICA LATINA: DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS MUJERES DE 22 AÑOS
 POR NÚMERO DE HIJOS TENIDOS POR ESTRATO SOCIOECONÓMICO,
 EN FECHAS Y PAÍSES SELECCIONADOS**



Fuente: Procesamiento especial de microdatos censales.

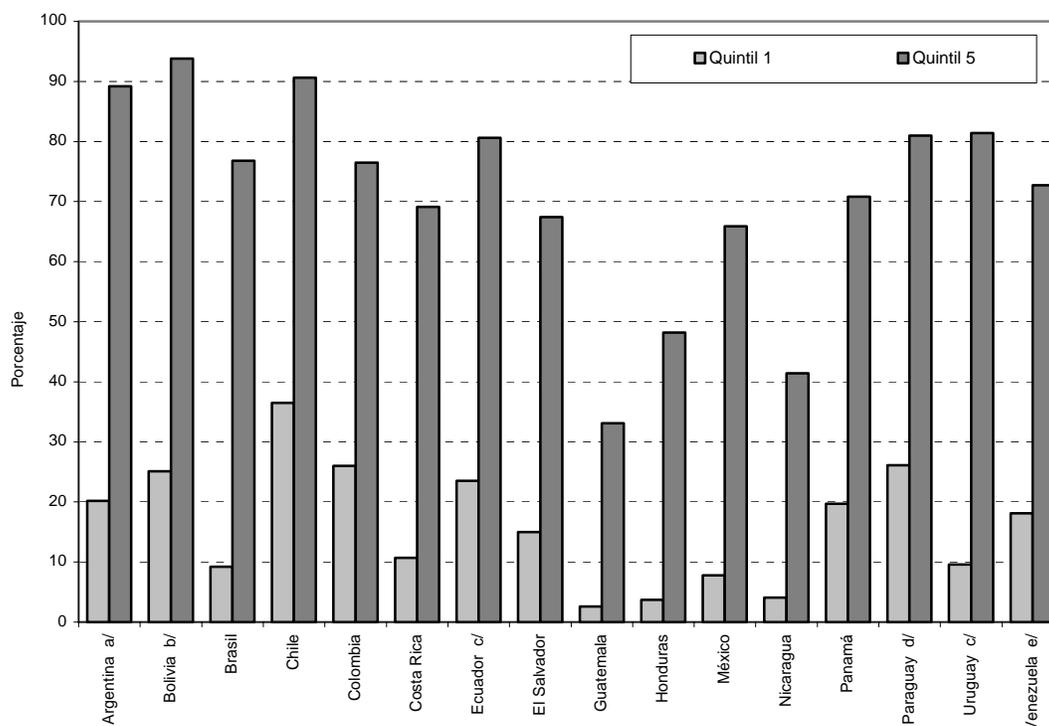
En materia de salud, la probabilidad de morir de los jóvenes latinoamericanos y caribeños a fines de la década de 1990 revelaba una reducción notable en países como Bolivia, Colombia, Perú y algunos centroamericanos, respecto del comienzo de la década de 1980. Actualmente la tasa de mortalidad de los jóvenes de 15 a 24 años, calculada en 134 por cada 100.000, es en promedio poco más de la mitad que la de los adultos de 25 a 44 años, el grupo de edad consecutivo que, en conjunto, tiene mayor actividad laboral.

Las causas externas constituyen sin lugar a dudas el primer motivo de muerte, por importancia numérica y proyectiva, entre los jóvenes de ambos sexos de la región, aunque con mayor importancia relativa en los varones, ya que de 100 fallecimientos de hombres, 77 son atribuibles a causas violentas, en tanto, entre las mujeres, 38 de cada 100 defunciones son resultado de estas causas y 62 de causas mórbidas, si bien no existe un perfil único de mortalidad por causas en la región.

En materia de educación de los jóvenes, se observan nítidos avances respecto de las generaciones precedentes en todos los niveles de escolaridad. Entre los jóvenes de 15 a 29 años se advierte un mejor rendimiento de las mujeres que de los hombres en los niveles

primario y secundario, tendencia que no se manifiesta en las personas de mayor edad. En la educación superior, las desigualdades de acceso por sexo a favor de los hombres tienden a disminuir radicalmente. Persisten brechas profundas de calidad y logros en educación cuando se consideran los distintos niveles socioeconómicos (véase el gráfico 16) y la localización espacial, en perjuicio de los jóvenes más pobres y los de las zonas rurales.

Gráfico 16
AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): PORCENTAJE DE JÓVENES DE 25 A 29 AÑOS QUE COMPLETARON LA ENSEÑANZA SECUNDARIA, QUINTILES SELECCIONADOS
(Porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

- a Gran Buenos Aires.
- b Ocho ciudades principales y El Alto.
- c Total urbano.
- d Asunción y Departamento Central.
- e Total nacional.

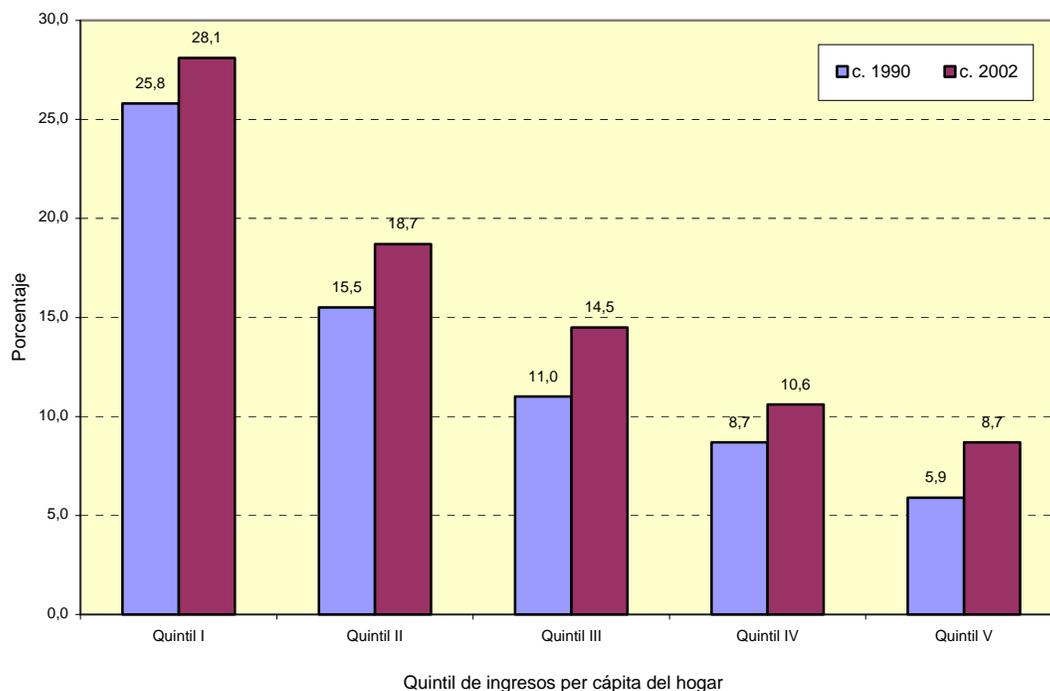
Son muchos los desafíos que se plantean en la educación, sobre todo si se trata de formar jóvenes para el empleo productivo, la ciudadanía activa y la participación en la sociedad del conocimiento. Es necesario superar los problemas de la excesiva repetición y deserción escolares, que impiden la consecución de los logros deseables; mitigar la desigualdad de oportunidades y logros educacionales para que no persistan las desigualdades entre una generación y la siguiente; superar problemas de calidad que redundan en bajos niveles de aprendizaje efectivos, lo que limita las trayectorias laborales y vitales de los jóvenes y restringe el capital humano de la sociedad; colmar vacíos en la formación para la sociedad del conocimiento y las democracias contemporáneas, y enfrentar las inadecuaciones de la educación como preparación para afrontar los nuevos desafíos en el mundo del trabajo.

En lo que respecta al empleo, la tasa de desocupación de los jóvenes duplica con creces la de los adultos (15,7% frente a 6,7% a inicios de la presente década) y la brecha entre jóvenes y adultos es similar para hombres y mujeres. Asimismo, la situación laboral de los jóvenes latinoamericanos sufre un deterioro que se refleja en el aumento del desempleo, su creciente concentración en los sectores de baja productividad y la caída de los ingresos laborales. Este deterioro obedece a tendencias generales en los mercados de trabajo de la región, sobre todo a partir de fines de los años noventa. Los jóvenes se beneficiaron de la expansión del empleo en el sector terciario, lo que abrió buenas oportunidades, sobre todo para las mujeres, pero resultaron negativamente afectados por la contracción relativa del empleo en la industria manufacturera, donde antes tenían una participación importante.

Entre los jóvenes, la tasa de desempleo de las mujeres supera a la de los hombres en casi un 50%, sin que se observen mayores cambios en el período reciente. Por último, el desempleo que afecta a los jóvenes se encuentra claramente estratificado por niveles socioeconómicos (véase el gráfico 17).

La situación de pobreza de la juventud indica que, en 18 países latinoamericanos resultó afectado el 41% de los jóvenes en el año 2002, equivalente a alrededor de 58 millones, de los cuales 21,2 millones sufrían de pobreza extrema (véase el cuadro 3). Esto refleja una disminución de dos puntos porcentuales en relación con 1990. Sin embargo, en términos absolutos, en el 2002 había 7,6 millones más de jóvenes pobres que en 1990 y 800.000 más que sufrían de pobreza extrema. Hay menor incidencia de la pobreza entre los jóvenes que en la población total (salvo en Chile y Uruguay), pero disminuye a un ritmo más lento. En cuanto al corte urbano-rural, en el año 2002 la pobreza de los jóvenes rurales (promedio ponderado) alcanzaba el 54,8%, frente al 33,4% de los jóvenes urbanos. En el caso de la indigencia, estos índices eran del 27,9% y 8,9% respectivamente.

Gráfico 17
AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): TASA DE DESEMPLEO ENTRE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD POR QUINTIL DE INGRESO PER CÁPITA DEL HOGAR, TOTAL NACIONAL, CIRCA 1990 Y 2002
(Promedios simples)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Cuadro 3
AMÉRICA LATINA (19 PAÍSES): INCIDENCIAS DE POBREZA E INDIGENCIA, EN LOS JÓVENES Y EN LA POBLACIÓN TOTAL, CIRCA 1990 Y 2002
(Porcentajes)

	1990	2002	Variación
Pobreza			
Jóvenes	43 (50,4)	41 (58,0)	-4,7 (15,1)
Población total	48 (200,0)	44 (221,0)	-8,3 (10,5)
Indigencia			
Jóvenes	17 (20,4)	15 (21,2)	-11,8 (3,9)
Población total	23 (93,0)	19 (97,0)	-21,7 (4,3)

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), procesamiento especial de datos provenientes de las encuestas de hogares, circa 1990 y 2002. Entre paréntesis se indica el número de personas en millones.

El análisis de los “consumos culturales”, para los cuales el tiempo libre es decisivo, permite penetrar en la cotidianidad e identidad de los jóvenes. Ver televisión, escuchar música, “chatear”, leer, ir al cine, bailar, hacer deportes y operar videojuegos son las prácticas más frecuentes de consumo cultural. A su vez, la centralidad del consumo de medios está indicando que el hogar ha pasado a representar un espacio de intenso consumo simbólico y creciente convergencia de tecnologías de comunicación, con una diversificación de medios que incluye el consumo de TV por cable, videos, DVD, Internet y otros dispositivos. El vínculo de los jóvenes con las nuevas tecnologías de la comunicación marca una diferencia cognitiva y perceptiva con respecto al mundo de los adultos. Sin embargo, también en este ámbito aparecen las diferencias socioeconómicas: en los estratos de mayores ingresos, el acceso a la red se da principalmente a través de la propiedad del computador en el hogar, mientras que en los sectores pobres el acceso, mucho menos frecuente, se da principalmente en locales públicos.

En cuanto a la participación de la juventud, destacan un conjunto de cambios sustanciales ocurridos en la última década en la región, la mayoría de los cuales se manifiestan como tendencias, con diverso grado de importancia e implicancias en los países: i) el descrédito de las instituciones políticas y la redefinición de la idea del sistema democrático, no obstante la valoración de la participación como mecanismo de autorrealización y obtención de logros; ii) los elevados niveles de asociatividad que concentran las prácticas religiosas y deportivas; iii) la creciente importancia que adquieren nuevas modalidades asociativas informales; iv) la presencia de temas que han logrado tocar la sensibilidad de los jóvenes, como los derechos humanos, la paz, el feminismo, la ecología y las culturas de etnias o pueblos originarios, y v) la creciente incidencia de los medios de comunicación –en particular la televisión– en la generación de nuevas pautas de asociatividad juvenil.

Un corolario de esto último es la centralidad de la experiencia audiovisual, que pareciera implicar una “televisación” de la vida pública y la participación en esta a través de la pantalla. A la vez, se observa el uso creciente de redes virtuales como soporte de movilización juvenil. Por último, se advierte la tendencia a participar en grupos de voluntariado, lo que revela el anhelo de los jóvenes por aportar al bienestar social sin pasar por el sistema político.

Desde la perspectiva de la gestión pública, es preciso, por una parte, imprimir a las políticas juveniles un fuerte componente de participación de los destinatarios y, por otra, procurar la movilización de los jóvenes en políticas públicas que apunten a apoyar a otros grupos. También es importante involucrarlos en actividades destinadas a prevenir y mitigar los problemas que los afectan más directamente, como las campañas destinadas a prevenir el embarazo adolescente, el contagio de enfermedades de transmisión sexual, la adicción a

estupefacientes y la violencia juvenil. Asimismo, los gestores e impulsores de políticas públicas dirigidas a grupos juveniles deben considerar también los cambios culturales que estos viven, la influencia de los medios de comunicación y de la industria cultural, sus aspiraciones de mayor autonomía, sus tensiones entre mayor formación y menor empleo y entre mayores expectativas y menos canales para satisfacerlas.

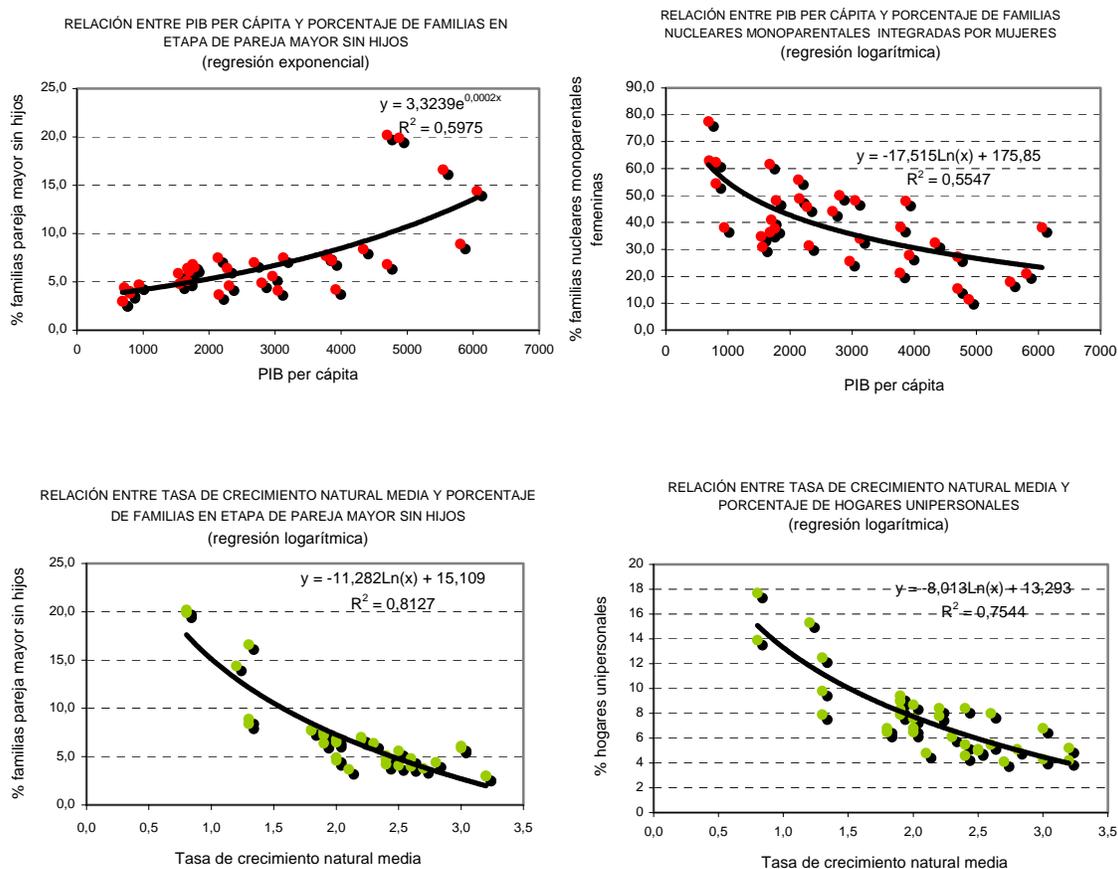
ESTRUCTURAS FAMILIARES, TRABAJO DOMÉSTICO Y BIENESTAR EN AMÉRICA LATINA

La familia sigue desempeñando una función estratégica de apoyo y protección en América Latina, como consecuencia de la limitada cobertura social que aún caracteriza a los países de la región, en especial frente al desempleo, la enfermedad, la vejez y la migración. Al mismo tiempo, se asigna a la familia un papel cada vez más preponderante en los nuevos enfoques, transversales e integrales, crecientemente utilizados en el diseño de políticas sociales, sobre todo las destinadas a la superación de la pobreza. En estas circunstancias, es imperativo actualizar y profundizar el conocimiento de la estructura familiar así como de las funciones que desempeña.

Un rasgo de las familias latinoamericanas de las zonas urbanas es la creciente heterogeneidad de su estructura (en términos de tamaño y composición por tipo de miembros), como resultado de la diversidad de etapas de transición demográfica y del nivel de desarrollo alcanzado por los países de la región. Como se indica en el gráfico 18, ambos factores dan cuenta de la mayor o menor presencia de hogares unipersonales y de los compuestos por parejas mayores sin hijos.

Entre las transformaciones de las estructuras familiares observadas en algo más de una década, han aumentado notablemente los hogares unipersonales y los de jefatura femenina, y han disminuido las familias nucleares y biparentales. La tendencia más visible es el aumento de los hogares monoparentales femeninos, fenómeno ampliamente analizado en la región latinoamericana, que se relaciona con una diversidad de factores demográficos, culturales y socioeconómicos. Entre los primeros cabe mencionar el aumento de la esperanza de vida, sobre todo de las mujeres, el incremento de las migraciones y el mayor número de separaciones y divorcios. Entre los segundos, es evidente que, gracias a su creciente participación en el mercado laboral, las mujeres han logrado la independencia económica y la autonomía social necesarias para constituir o continuar viviendo en hogares sin pareja. El fenómeno del aumento de la monoparentalidad se aprecia tanto en las familias nucleares como en las extendidas: en el 2002, alrededor de un quinto de las nucleares y más de un tercio de las extendidas tenían jefatura femenina. La mayor proporción de las familias nucleares con jefatura femenina se encuentra en Bolivia, Costa Rica, Colombia, Honduras, Panamá y República Dominicana.

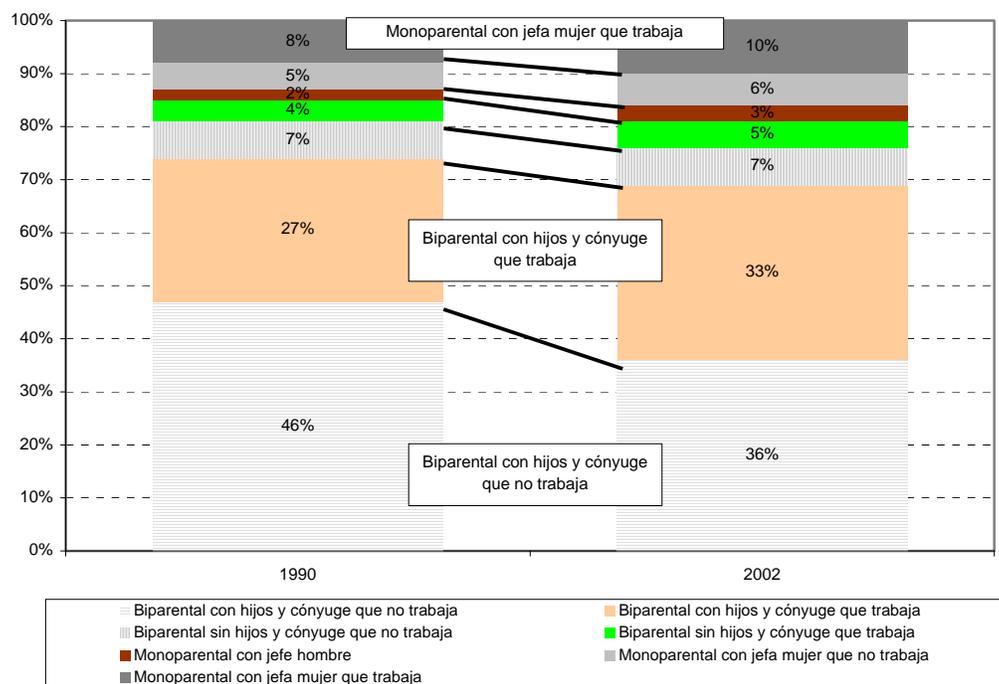
Gráfico 18
AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): RELACIONES ENTRE EL PIB PER CÁPITA, LA TASA DE CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN MEDIA ANUAL Y DISTINTOS TIPOS DE HOGARES Y FAMILIAS, 1990-2002



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países, cifras oficiales y estimaciones de la División de Población de la CEPAL.

En relación con el modelo tradicional de familia nuclear con padre proveedor, madre ama de casa que no trabaja e hijos, puede afirmarse que, aunque sigue siendo el más frecuente, está claro que ya dejó de ser el modelo de familia predominante en América Latina, puesto que solo representa un 36% del total (véase el gráfico 19).

Gráfico 19
AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): TIPOS DE FAMILIAS NUCLEARES Y TRABAJO FEMENINO EN ZONAS URBANAS, 1990-2002^a



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

^a Promedio simple.

En términos generales, dado el aumento de las familias monoparentales, puede inferirse que, si bien la carga total del trabajo de socialización disminuyó al reducirse el número de niños por hogar, descendió al mismo tiempo el número de adultos que tienen a su cargo esa tarea, lo que es especialmente notorio en el caso de las mujeres, quienes en un número apreciable de familias tienen bajo su exclusiva responsabilidad las tareas productivas y reproductivas. A esto se suma una creciente complejidad de la tarea de socialización en sociedades cada vez más riesgosas y heterogéneas.

La configuración de los hogares y las familias latinoamericanas impone la aplicación de nuevas políticas dirigidas a hombres y mujeres, en su calidad de padres, y a instituciones sociales que deben apoyar a las familias en la cobertura de sus necesidades en una doble perspectiva: políticas tendientes a conciliar la familia y el trabajo, por un lado, y a dar el necesario apoyo para el cuidado de los hijos y de los adultos mayores, por el otro. Muchos de los cambios observados en torno a la familia obedecen a deseos y opciones individuales y no a patologías sociales. Por lo tanto, las políticas deben orientarse a facilitar y no limitar las opciones individuales, proporcionando los recursos necesarios para el bienestar de todos sus miembros.

Por otra parte, la distribución de las familias latinoamericanas –en las seis etapas del ciclo de vida familiar distinguidas a partir de la información de las encuestas de hogares– revela que la mayoría de ellas se encuentran en la etapa de expansión y consolidación, es decir, cuando ya se deja de tener hijos. Se trata de una etapa con fuerte presión sobre los recursos familiares, puesto que la familia alcanza su mayor tamaño y los hijos tienen edades que los hacen económicamente dependientes. También se aprecia el crecimiento del número de familias en la etapa de independización de los hijos y en la de pareja mayor sin hijos.

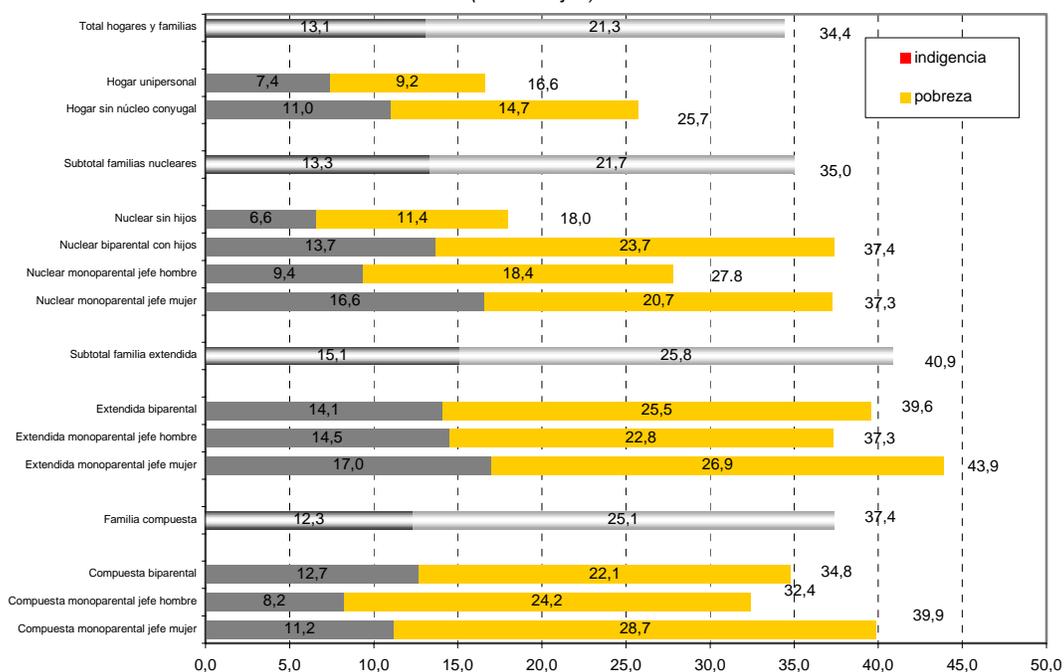
La vinculación de la familia con los procesos de desigualdad social es de larga data. Se estima que la reproducción de las desigualdades sociales tiene lugar a través de dos canales principales. El primero se relaciona con el sistema de parentesco y con las condiciones de origen de las familias, que proporciona a las personas el acceso a los activos sociales, económicos y simbólicos, y el segundo se refiere al acceso y a la jerarquía de las ocupaciones.

La calidad de vida y el bienestar de las familias están ligados a la estructura de hogares y familias, así como a la etapa del ciclo de vida familiar en que se encuentran. Si se examina la incidencia de la pobreza y de la indigencia según el tipo de hogar, se confirma que las mayores cifras se registran entre las familias extendidas y compuestas y, dentro de ellas, entre los hogares monoparentales con jefa mujer. Asimismo, se observa una mayor incidencia de la pobreza entre las familias nucleares y dentro de ellas las biparentales con hijos y monoparentales con jefatura femenina (véase el gráfico 20).

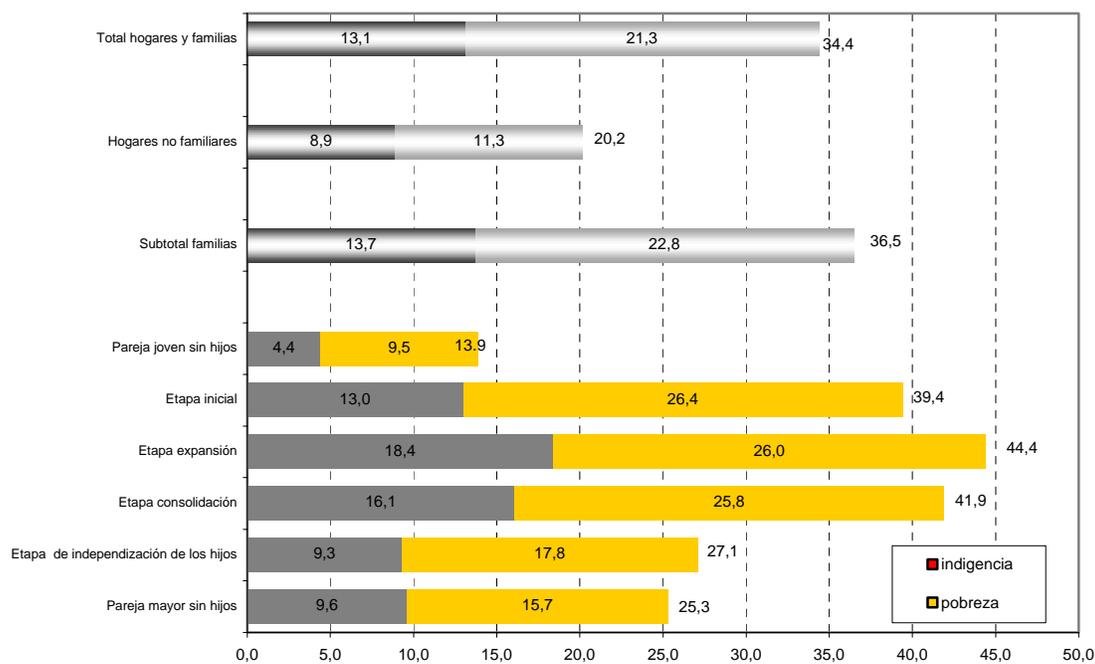
Desde la perspectiva de la etapa del ciclo de vida familiar, la incidencia de la pobreza es menor en la etapa de la pareja joven sin hijos, en tanto se eleva en la etapa de expansión, cuando aumenta el número de hijos y estos son dependientes. En la región, alrededor del 63% de los hogares y las familias tienen dos o más familiares a cargo y el 46% de los hogares y las familias cuentan con dos o más aportantes de ingresos al hogar. Las familias nucleares biparentales con hijos, las extendidas y las compuestas tienen, por un lado, más aportantes de ingresos laborales, pero por otro, tienen dos o más familiares a cargo; esto último incide en su menor calidad de vida.

En el 2002, los hogares y las familias con uno o más adultos mayores de 65 años alcanzaban un quinto de los hogares latinoamericanos. Los adultos mayores se concentraban en los hogares sin núcleo conyugal, entre los unipersonales y entre las familias nucleares biparentales sin hijos.

Gráfico 20
AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): INCIDENCIA DE LA INDIGENCIA Y DE LA POBREZA POR TIPOS DE HOGARES Y ZONAS URBANAS, 2002^{a b}
 (Porcentajes)



AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): INCIDENCIA DE LA INDIGENCIA Y DE LA POBREZA POR ETAPAS DEL CICLO DE VIDA FAMILIAR Y ZONAS URBANAS, 2002^{a b}
 (Porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

^a Promedio simple.

^b La cifra presentada fuera de la barra corresponde a la incidencia de la pobreza total, incluida la indigencia.

La distribución del trabajo doméstico y del trabajo remunerado en las familias continúa siendo muy desigual entre hombres y mujeres. Aunque la información sobre la distribución del trabajo dentro del hogar es escasa, en todos los países la participación femenina es notablemente mayor que la masculina en el ámbito doméstico, independientemente del aumento de las tasas de actividad económica de las mujeres y del crecimiento de los hogares con dos o más proveedores.

Las profundas transformaciones tanto de la familia como de las condiciones laborales imponen nuevos enfoques de política que incentiven la redistribución de las tareas domésticas y el cuidado y la atención de la población infantil y de los adultos mayores. Tres son los conflictos principales entre trabajo y familia que enfrenta la población, especialmente la femenina: el tiempo, puesto que la exigencia de un tipo de trabajo impide el cumplimiento del otro; la tensión derivada de la obligación de cumplir bien ambos papeles, y las diferentes cualidades que reclaman uno y otro. Para hacer frente a estos problemas son importantes las medidas relacionadas con la organización del tiempo de trabajo, los servicios de asistencia para las labores domésticas y familiares, y el asesoramiento y apoyo laborales.

Se requiere con urgencia evaluar los modelos de protección y cuidado de los niños y de los adultos mayores y su compatibilidad con el mercado de trabajo, así como revisar la flexibilidad laboral, tanto en el uso de horarios como en los permisos de maternidad y paternidad, además de facilitar la flexibilidad de quienes tengan hijos menores y familiares mayores a cargo. Esta situación adquiere especial importancia en la actualidad. Por una parte, plantea desafíos a la previsión y la planificación de las políticas públicas en el gasto destinado a la creación y la ampliación de nuevos servicios de atención a los niños y las niñas y personas a cargo. Por otra parte, exige considerar que la socialización y el cuidado de los hijos no es solo un asunto privado de las familias, sino que atañe a toda la sociedad.

AGENDA SOCIAL: PROGRAMAS ORIENTADOS A LA JUVENTUD EN AMÉRICA LATINA

A partir de 1985 los países latinoamericanos han creado diversos organismos encargados de cuestiones relacionadas con la juventud. Pese al desarrollo de variadas fuentes de información –entre las que se destacan las encuestas nacionales de la juventud realizadas en 12 países—,³ aún no se ha precisado claramente la categoría de “juventud”, por lo que se ha optado por un criterio demográfico para su definición. Así, los rangos de edad que definen la categoría de “juventud” varían considerablemente de un país a otro y se observan

³ Se han realizado encuestas en Argentina (1993, 1997), Bolivia (1996, 2003), Colombia (1991, 2000), Chile (1994, 1997, 2000, 2004), Ecuador (1991), Guatemala (1999), México (2000), Paraguay (1998), Perú (1991), República Bolivariana de Venezuela, (1991) República Dominicana (1992, 1999) y Uruguay (1989, 1995).

dos tendencias: una reducción de la edad de inicio de este período y una ampliación del grupo con el fin de incluir edades más altas. En el primer caso, se asiste a una superposición etaria de la adolescencia y la juventud en las definiciones del sujeto joven. En el segundo caso, los jóvenes de más de 18 años no han estado visibles como sujetos específicos de políticas y tienden a estar subsumidos en los programas dirigidos a los adultos. Esta situación presenta una dualidad para los jóvenes, que se manifiesta en un desfase entre sus realidades sociales y jurídicas. La ambigüedad en el sujeto juvenil también se refleja en la ausencia de una discusión acabada sobre la relación joven-adulto en las representaciones sociales y cómo influye en el diseño de las políticas públicas orientadas a la juventud.

En las respuestas a la encuesta realizada por la CEPAL sobre programas orientados a la juventud dirigida a las instituciones encargadas de estos temas en América Latina, las principales preocupaciones que se advierten con respecto a los jóvenes son tres: el desempleo y la calidad del empleo, los problemas vinculados con el ámbito de la educación y el acceso a la salud y los riesgos relacionados (VIH/SIDA y embarazo adolescente). Estas áreas problemáticas redundan en la agudización de la pobreza de los jóvenes y en procesos de exclusión social.

En efecto, las autoridades gubernamentales identificaron un variado conjunto de causas vinculadas con los problemas de la juventud; la mayoría de esas causas están ligadas a las condiciones económicas y de empleo, la pobreza, la desigualdad, la baja calidad de vida y la exclusión social. En el ámbito específico de la educación y la salud, se indica la ausencia de capacitación y de formación técnico-profesional y el escaso acceso a los servicios de salud y de prevención. Por último, en algunos países, las autoridades destacaron la falta de participación y capacitación de los jóvenes en cuanto a sus derechos ciudadanos.

En la visión que tienen los jóvenes de sí mismos, se destacaron los temas de identidad y los relativos a las familias y a la afectividad, comprobándose un alto grado de coincidencia con las autoridades en la percepción de las dificultades para encontrar empleo, en la devaluación de la educación y en la falta de derechos ciudadanos.

Entre 1995 y 1999 aumentó el dinamismo de los procesos nacionales relativos a la articulación de las políticas destinadas a la juventud, pero a un ritmo disímil en los diferentes países de América Latina. En la actualidad existe gran heterogeneidad en esas políticas en los países, en razón de la diversidad de criterios: los paradigmas y los enfoques de la fase juvenil, sus fundamentos legislativos (ámbito jurídico-normativo), los niveles de la administración pública encargados de los temas de juventud y el tipo específico de gestión que realizan los organismos oficiales de juventud en cada país.

Cuadro 4
PARADIGMAS DE LA FASE JUVENIL EN LOS ENFOQUES DE POLÍTICAS Y PROGRAMAS

Fases del paradigma	Políticas	Programas
Preparatoria <ul style="list-style-type: none"> • Transición a la adultez • Etapa de preparación 	<ul style="list-style-type: none"> • Orientadas a la preparación para la adultez • Tendientes a ampliar la cobertura educativa • Tiempo libre sano y recreativo • Servicio militar 	<ul style="list-style-type: none"> • Universales • Indiferenciados • Aislados
Problemática <ul style="list-style-type: none"> • Riesgo y transgresión • Etapa problema para la sociedad 	<ul style="list-style-type: none"> • Compensatorias • Sectoriales (predominantemente justicia y salud) • Focalizadas 	<ul style="list-style-type: none"> • Asistencialidad y control de problemas específicos • Prioridad otorgada a la juventud urbano - popular • Dispersión de las ofertas programáticas
De ciudadanía <ul style="list-style-type: none"> • Juventud ciudadana • Etapa de desarrollo social 	<ul style="list-style-type: none"> • Articuladas en políticas públicas • Intersectoriales • Inclusión de jóvenes como sujetos explícitos de derechos políticos, sociales, culturales y económicos 	<ul style="list-style-type: none"> • Integrales • Participativos • Extensión de alianzas
De actor del desarrollo <ul style="list-style-type: none"> • Juventud: actor estratégico del desarrollo • Etapa de formación y aporte productivo 	<ul style="list-style-type: none"> • Articuladas en políticas públicas • Intersectoriales • Orientadas a la incorporación de la juventud como capital humano y desarrollo de capital social 	<ul style="list-style-type: none"> • Equidad y transversalidad institucional • Enfrentamiento de la exclusión • Aporte juvenil a estrategias de desarrollo

Fuente: Dina Krauskopf, "La construcción de políticas de juventud en Centroamérica" Políticas públicas de juventud en América Latina: políticas nacionales; O. Dávila (ed.) Viña del Mar, Ediciones CIDPA, 2003.

Existen cuatro enfoques típicos respecto de la fase juvenil: la juventud como fase preparatoria, la juventud como etapa problemática, el de la ciudadanía juvenil y el de la juventud como actor estratégico del desarrollo. A cada uno de estos enfoques corresponden políticas y programas específicos que se encuentran en diversas combinaciones en los países de la región. La perspectiva que se utiliza para diseñarlos permite distinguir entre políticas juveniles más tradicionales y políticas más modernas.

Los principales instrumentos jurídicos que rigen la situación de la juventud son: el Código de la Niñez y la Adolescencia, la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño, y los convenios 138 sobre la edad mínima de admisión al empleo y el 182 sobre las peores formas de trabajo infantil de la OIT. La Convención Internacional sobre los Derechos

del Niño es el instrumento internacional que más directamente incide en el reconocimiento de los derechos del joven. Se avanza en el reconocimiento y la ratificación de la Carta Iberoamericana de Derechos de la Juventud, cuya finalidad es consagrar jurídicamente –en el ámbito iberoamericano– el pleno reconocimiento de la especificidad de la condición juvenil y dar respuesta a los requerimientos de protección y garantía para el ejercicio de los derechos de los jóvenes.

Los avances en el ámbito de la institucionalidad pública en materia de juventud son variables. En la región latinoamericana existen ministerios, viceministerios, subsecretarías, institutos y direcciones de la juventud con diversos niveles de influencia y jerarquía política. Las funciones desarrolladas son de variada índole: rectoría, asesoría, supervisión y promoción de las actividades y servicios orientados a los jóvenes. Algunos países no cuentan con organismos oficiales a cargo de los sectores juveniles.

Sin embargo, todos los países cuentan con programas destinados a la juventud, tanto globales como sectoriales, y algunos específicos para la juventud, pero muchas veces subsumidos en programas para adolescentes y niños o con dificultades para responder a las necesidades heterogéneas de la población juvenil. Pocos países ofrecen atención exclusiva a jóvenes rurales (Bolivia, Colombia y México), jóvenes indígenas (Colombia y México), mujeres jóvenes o programas con enfoque de género (Colombia y México) y a jóvenes discapacitados (Colombia). La mayoría de los programas incluye estas categorías juveniles, pero no responde completamente a su especificidad. En Costa Rica, Colombia, México y Nicaragua se observa una oferta de programas y proyectos más variada y selectiva destinada a los jóvenes.

Respecto de la diversificación de la oferta programática, cabe destacar los esfuerzos por poner en marcha programas de difusión de derechos y deberes de la población juvenil, así como de la ley de juventud (Argentina, Costa Rica, Ecuador y Nicaragua). Con este tipo de iniciativas se contribuye al fortalecimiento de las organizaciones juveniles, la formación de los funcionarios públicos en materia de legislación vigente y el posicionamiento político del tema juvenil de manera sectorial.

Asimismo, los programas adolecen de problemas de focalización y cobertura, y presentan carencias en materia de evaluación, por lo que hay un amplio campo de acción para aplicar políticas orientadas a la juventud que ofrezcan una gama diversa de opciones tendientes a atender la heterogeneidad de intereses y condiciones de vida de los jóvenes latinoamericanos.